[144] Juan de Silva a Pedro Alvares Pereira, octubre de 1598, BNE. Ms. 10259, fol. 52r.

[145] Esta noticia no ha podido ser contrastada. Ni siquiera Lhermite, ayuda de cámara del rey, habla de una "enfermedad" súbita de Felipe III en El Pardo, un asunto que no habría pasado por alto en su diario. Véase LHERMITE: *El Pasatiempos*, p. 447.

[146] El embajador Francesco Soranzo en su relación al Dux y al Senado de Venecia, informó, el 31 de agosto de 1598, que se esperaba cada hora una nueva creación de grandes para favorecer a don Cristóbal. Afirmaba que serían entre cuatro y cinco y que de esta manera Moura obtendría lo que tanto había querido. Finalmente, fue su hijo Felipe III quien le mandarle cubrirse. *Calendar State Papers*, IX, núm. 727, pp. 339-346.

[147] Sobre los comienzos del valimiento lermista se ocupó en un artículo pionero P. WILLIAMS: "Philip III and the Restoration of Spanish Government, 1598-1603", *English Historical Review*, 88 (1973), pp. 751-769.

[148] Despacho del 16 de septiembre de 1598 al cardenal Aldobrandini, en J. I. TELLECHEA IDÍGORAS: *El caso de un rey. Felipe II visto desde la nunciatura de Madrid, 1594-1598*. Madrid 2001, p. 293.

[149] Despacho del 16 de septiembre de 1598 al cardenal Aldobrandini, *ibidem*, p. 293

[150] Madrid, 18 de septiembre de 1598, *ibidem*, p. 294.

[151] "He leýdo y roto como V. S. lo mandó su carta del 13 del presente y sin firma la conociera por de V. S. porque es honrrada... Quexávame yo aora de Don Christóval y cortesaneó como suele, con dezirme que me le atrevía como a rendido, y que no era de hombre magnánimo", Lisboa, 31 de octubre de 1598, RB. II/2209, doc. 33.

[152] Madrid 1628, pp. 685 y 579.

[153] *Ibidem*, introducción fechada en Madrid, el 10 de julio de 1628.

[154] Madrid, Juan Sánchez, 1639. El relato de la ausencia de Moura a una sesión del Consejo de Estado y el reproche del monarca, mientras don Cristóbal le masajaba las piernas, está sacado de la obra de Cabrera de Córdoba, véase fol. 69v.

[155] Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1625, fol. 190v.

[156] RB. Ms. II/1688, fols. 101v-102r.

[157] GONZÁLEZ DÁVILA: *Felipe III*, Libro I, p. 36

[158] *Ibidem*, p. 26.

[159] Madrid 1875, LX, p. 58.

[160] Citamos por el ejemplar de la BNE. 2/8511, pp. 27 y 31, publicado en Barcelona. Hay una versión más antigua, de 1658, en la RAH, 9/781.

[161] Utilizamos la edición de A. FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE: *Obras de Don Francisco de Quevedo Villegas*. Madrid 1852, I, p. 212.

[162] Las causas de que resultaron el ignorante y confuso gobierno que hubo en el tiempo del Rey nuestro señor que sea en gloria y el Prudente y acertado modo de gobernar que ha tomado y prossiguirá S. M. con el favor de Dios, citamos por la copia de la BNE. Ms. 7715, fols. 2r-3v.

[163] Sobre la sátira y su referencia a los privados de Felipe II, véase BOUZA: "Servidumbres de la soberana grandeza", pp. 174-176.

[164] PÉREZ: *Cartas*, p. 80.

[165] Sobre esta interesante cuestión remitimos a F. BOUZA: "Escribir en la corte. La cultura de la nobleza cortesana y las formas de comunicación en el Siglo de Oro", en *Vivir el Siglo de Oro. Poder, Cultura e Historia en la Época Moderna. Estudios en Homenaje al profesor Ángel Rodríguez Sánchez*. Salamanca 2003, pp. 85-89.

[166] "Creo que era su Padre de V. E. el que decía que con poco çerbelo se governava el Mundo, no lo dijo por este siglo en el qual abundamos tanto de zerbelos", minuta de carta del conde de Peñaranda al marqués de Castelo Rodrigo, Munster, 2 de septiembre de 1647, SN. AHN. Frias, caja 44, doc. 1.

[167] RB. Ms. II/1688, fol. 102r.

[168] *Ibidem*, fol. 108v.

[169] *Ibidem*, fol. 110v.

[170] BNE. Ms. 9087, fols. 136r-v.

[171] "Carta que se escreveo a El Rey Dom Phelippe 2º de Portugal e 3º de Castella, nosso senhor", *Ibidem*. Ms. 2436, fols. 184r-187v.

[172] Copia de carta a Francisco de Rioja, ca. 1622, *Ibidem*. Ms. 12851, fols. 83v-84r.

[173] PÉREZ: *Cartas*, p. 139.

publicación de dicha obra [2]. En 1868, al estallar la "Septembrina", Cánovas, momentáneamente retirado de la vida política, investigaba en el Archivo de Simancas para preparar su *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*. Éste era más político, menos ideologizado, que su *Historia de la decadencia*, y es interpretado generalmente como un reflejo de la evolución de su pensamiento hacia posiciones más conservadoras, algo que se expresaba en su intento de revalorizar la Casa de Austria [3]. Afirmaba en la introducción de este libro que "al advenimiento de la Casa de Austria es cuando forma ya España una nación permanente" y definía los reinados de Carlos V y Felipe II como "el apogeo mismo de nuestra historia". Con esto, se distanciaba del "austracismo" de los autores liberales románticos [4], que identificaban los reinados de la Casa de Austria con el absolutismo, la represión de las instituciones representativas, la intolerancia y la decadencia económica, y criticaba expresamente a los que llamaban "desdeñosamente *paréntesis de nuestra historia*" a esta época. Finalmente, en sus *Estudios del reinado de Felipe IV* (1888), escritos cuando se perfilaba como el "artífice" de la Restauración, estaban presentes sus ideas políticas como hombre de Estado. Así, proyectaba sus ideas sobre la centralización a la incorporación del reino de Portugal a la Monarquía hispana bajo Felipe II, quien habría actuado con demasiada blandura frente a los portugueses. Asimismo, rehabilitaba a Olivares, con quien se identificaba como estadista [5]. Los estudios, además, estuvieron condicionados por las relaciones internacionales de aquellos años, y se caracterizaron por la concepción de la decadencia de España dentro de

la perspectiva del ocaso de los pueblos latinos y el ascenso de los germánicos. Se podría concluir que Cánovas se servía de la Historia para justificar su proyecto político. Sin embargo, teniendo en cuenta la evolución

Corte y estado en la obra histórica de Cánovas: la malograda incorporación del Reino de Portugal a la Monarquía hispana

por Gijs Versteegen

Universidad Autónoma de Madrid-IULCE

Frecuentemente se ha señalado que Cánovas fue un historiador-político, cuyas reflexiones sobre la historia estuvieron relacionadas con su actuación política, primero liberal y, posteriormente, conservadora. La evolución de su obra histórica, por lo tanto, se ha interpretado en conjunto con su trayectoria política [1]. De esta manera, la *Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento de Felipe III al trono, hasta la muerte de Carlos II*, publicada en 1854, en la que intentaba identificar las causas del "decaimiento del carácter nacional" es considerada un reflejo de su etapa liberal, cuando era el hombre de confianza del general O'Donnell, uno de los protagonistas de la "Vicalvarada", que tuvo lugar poco después de la

historiográfica del siglo XIX, cabe señalar que esta práctica no era considerada subjetiva. La verdadera importancia de la Historia era que ésta proveía al proyecto político de Cánovas de una sólida racionalidad e incluso una objetividad, por el prestigio científico que adquirió la disciplina histórica en tiempos de la Restauración.

El significado político de la historiografía de la Restauración, en este sentido, no era contradictorio con la profesionalización de la Historia que se iniciaba en este período. En España, el proceso se llevó a cabo bajo la dirección y el patrocinio de la Academia de la Historia, que durante la Restauración fue un centro conservador en el que la influencia personal de Cánovas resultó decisiva [6]. Desde la reorganización de la Academia de la Historia en 1847, ésta era, además de depositaria de los fondos que habían pasado al Estado, la encargada de la catalogación y la selección de los

documentos incluidos en la categoría de “antigüedades nacionales”. Además, dirigió la publicación de colecciones de fuentes históricas como la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. La idea de que el estudio de las fuentes de la “Historia nacional” se tenía que hacer en equipo, y la necesidad de crear un cuerpo de funcionarios encargados de los archivos, llevó a la fundación de la Escuela Superior de Diplomática en 1856 [7]. A través de esta institución surgieron los “eruditos profesionales”, que con su método y crítica de las fuentes, tenían los instrumentos necesarios para buscar la “objetividad histórica”. Fueron ellos quienes dieron a la historiografía académica su carácter científico [8]. Con esto, se echaron las bases para una investigación histórica que, a pesar de su excesivo patriotismo, se sigue valorando por su sentido de la actividad investigadora y su precaución con las fuentes [9].

La historiografía de la Restauración ha sido puesta en su perspectiva a través de planteamientos socio-económicos. Desde este punto de vista, se ha criticado la preocupación de los historiadores liberales por el Estado y sus protagonistas, los “grandes acontecimientos” y los “grandes personajes”. En consecuencia, esta tradición ha sido identificada con la “Historia política”, que se caracterizaría por la ceguera para la suerte de la mayoría de la población, y para las condiciones sociales y los factores materiales, que habrían determinado la evolución histórica más que transitorios sucesos políticos [10]. Esta valoración respondía en parte a posturas políticas, pues lo que se cuestionaba era el tipo de Estado ideado por la burguesía, y el papel que cumplió y debería cumplir en la sociedad. Esto desembocó en reflexiones sobre la objetividad y el carácter científico de la metodología histórica, que cada vez se acercaba más a otras disciplinas científicas como la sociología y la economía, capaces de entender las grandes estructuras con métodos estadísticos, que explicarían la génesis del Estado moderno. De esta manera las actuaciones de los grandes personajes quedarían integradas en los datos cuantitativos sociológicos y económicos. Esto dio lugar a un debate historiográfico entre la tradicional “Historia política”, y la socio-económica, que significaba, a nivel metodológico, una discusión sobre una aproximación hermenéutica, frente a una basada en datos estadísticos. La objetividad vino a ser un problema metodológico, detrás del cual, sin embargo, iban ocultadas distintas posturas políticas.

Con todo, y a pesar de que las valoraciones políticas influyeron decisivamente en la evaluación crítica de la Historia decimonónica, no se cuestionaba lo que constituía el fundamento de dicha historiografía: la formación del Estado moderno, ya no considerado como la realización de una fuerza espiritual, sino como una racionalización progresiva e ininterrumpida del poder estatal [11]. Por otra parte, la tendencia a “cuantificar” la historia en datos estadísticos, se puede considerar una consecuencia lógica del planteamiento estatista. Para el análisis y el estudio de la evolución de las distintas sociedades europeas, hasta que cada una de ellas consiguiera

formar su Estado, resultaban especialmente útiles las estructuras de “longue durée”, los análisis cuantitativos, las generalidades abstractas que permiten explicar la evolución de la sociedad en su conjunto, como si se tratase de un “cuerpo” común. Igualmente, el planteamiento socio-económico explicaba los problemas que surgieron durante el proceso de la formación de los Estados. Esto ya se veía en la discusión sobre las causas de la decadencia española, particularmente en la polémica decimonónica en torno a la política exterior de Felipe II. Este debate se planteó en términos económicos, relacionando el absolutismo con una agresiva política exterior, exorbitantes gastos de guerra, un permanente “déficit” del Estado, una opresiva política fiscal, inflación y, finalmente, la ruina de la Nación. Así, Charles Weiss, en su libro sobre las causas de la decadencia española [12], trataba en el primer volumen la política interior y exterior de los Austrias, para centrarse en el segundo en las causas de la decadencia de la agricultura, de la industria y del comercio. La historia del Estado, y los planteamientos socio-económicos están intrínsecamente relacionados.

El modelo estatista hizo crisis a partir de los años ochenta del siglo XX, cuando determinados historiadores se vieron confrontados con dificultades al tener que explicar, dentro de este marco teórico, fenómenos como el humanismo, el comportamiento cortesano, interpretar la práctica política cortesana o instituciones como las casas reales. Surgió en lugar de este modelo tradicional, la perspectiva de la Corte [13]. Así, el grupo de investigación de David Starkey en *The English court from the Wars of the Roses to the Civil War* (1987), criticaba la tradicional idea de una separación institucional entre Corte y gobierno, y entre cortesano y consejero. Starkey destacaba la cercanía entre “Privy Chamber” y “Privy Council” y rechazaba, por otro lado, la idea del Consejo como quintaesencia y motor de la administración, cuyo papel político directo consideraba insignificante. Lo que determinaba la organización política en la Edad moderna, no eran las relaciones institucionales, sino las personales, y la dinámica de las facciones políticas [14]. Con esto, la política se entendía dentro del contexto de la Corte, y no de un Estado moderno en construcción. La Corte destacaba por ser el centro mismo de la organización política con unas características distintas a las del Estado moderno. Por otra parte, el grupo de investigación *Europa delle Corti*, explicó la conducta cortesana a partir de una cosmovisión cortesana, surgida a partir de la recepción de la filosofía clásica, en torno a conceptos como la disimulación, la simulación, la gracia, la amistad, la prudencia etc. Éstos tenían implicaciones socio-políticas que explican las características de la Corte como organización política del poder, que tenía una base común en Europa, una “regula universalissima”, cuya expresión más emblemática se encontraba en *El libro del cortesano* [15]. Por otra parte, la conducta cortesana era desvinculada de la idea del disciplinamiento social, que al final siempre remite al Estado absolutista [16]. La Corte no resultó ser una parte particular del Estado, ni era su antítesis, sino que era una organización

política propia. Esta concepción de la Corte, tanto en su sentido político como cultural, fue tomada como punto de partida por el grupo de investigación integrado en el instituto universitario “La Corte en Europa”, dirigido por J. Martínez Millán, para estudiar la Monarquía hispana, que con sus distintos reinos y territorios, optó por la corte como elemento de articulación [17]. La agregación y yuxtaposición de reinos, llevó consigo la multiplicidad de casas reales, desde las que éstos fueron articulados políticamente. Puesto que éstos preservaron su autonomía, las casas necesariamente tenían que mantenerse, aunque el rey no residiese en ellas. De esto se deduce que cualquier cambio efectuado en las estructuras de las casas reales, repercutiera también en la organización de la Monarquía [18]. Este planteamiento resultó en una serie de obras en la que se estudiaron de forma sistemática los cambios políticos en los distintos reinados a través de los partidos en la corte, paralelamente a las reestructuraciones de las casas desde Carlos V en adelante. De esta manera, cabía hablar de “la razón de la casa”, que “identificaba el bien de la familia con el aumento, conservación y reputación de la casa según el criterio del padre de familia” [19].

Desde esta perspectiva, la historiografía decimonónica de la Restauración cobra un significado nuevo. No sólo se caracterizaba por su patriotismo, su conservadurismo, su preocupación por las actuaciones de los grandes personajes, sino que su significado está en primer lugar radicado en la implementación del modelo estatal, la proyección del Estado-nación al pasado. Esto significa que una nueva lectura de estas obras es necesaria, partiendo de las preguntas sobre cómo se fraguó este modelo historiográfico estatal, qué significado empezaron a cobrar fuentes y acontecimientos políticos que se explican dentro de un contexto cortesano, y cómo la Corte, como fenómeno histórico que explicaba la organización política y las características propias de una sociedad, desapareció de la historiografía para dar lugar a una preocupación por la formación del Estado y la evolución de sus instituciones, cómo, en conclusión, la razón de la Casa fue suplantada por la razón de Estado. La obra histórica de Cánovas es un excelente ejemplo de este tipo de historiografía. Para poder ponerla en su contexto trataremos primero el surgimiento de la historia científica con Leopold von Ranke, e intentaremos explicar cómo en su obra la idea de la objetividad está relacionada con la idea de la razón de Estado, que Ranke consideraba determinante para el estudio crítico de las fuentes cortesanas, a las que percibía como cargadas de subjetividad, expresiones de intereses personales. Era necesario desprender de ellas los hechos objetivos, para poder reconstruir el proceso de formación del Estado moderno.

La concepción del Estado como una entidad objetiva que encarna el interés general, que se desarrolló en la filosofía alemana a finales del siglo XVIII, principios del siglo XIX, determinó la evolución de la historia como ciencia, y fue en esta tradición que Cánovas escribió sus obras históricas. Una comparación entre la concepción

del Estado de Ranke y Cánovas muestra una semejanza, que no sólo se puede aclarar a través de la influencia que ejerció el historiador alemán a través de la historiografía, sino también a través de la influencia de filósofos alemanes sobre la doctrina del nacionalismo. Por otra parte, influía la resonancia de la unificación de Alemania. En la obra de Cánovas, la unidad del Estado cobra un significado más grande en sus *Estudios*, en comparación con sus obras anteriores, y esto cambiaba su valoración tanto de Felipe II, como de Olivares. Aquél, en sus primeras dos obras, era el modelo del hombre de Estado, mientras que el conde-duque, quien actuaba en función de su interés particular, encarnaba la decadencia. Ésta estaba relacionada con la ruina del Estado, causada por los privados, considerados como incompetentes y corruptos por Cánovas, a través de su evaluación de la política cortesana según los criterios de la política estatal. La Corte, de esta manera, era sinónimo de decadencia. Sin embargo, en sus *Estudios*, Cánovas rehabilitaba a Olivares por su preocupación por la unidad del Estado. El privado, ahora, cobraba características propias de un hombre de Estado, mientras Felipe II perdía algo de su prestigio por su blandura. Nuevamente, se puede ver cómo los errores políticos están relacionados con la política cortesana, pues lo que censuraba Cánovas en Felipe II era en realidad su intento de incorporar al reino a través de la casa real que, según los criterios anacrónicos de centralización era considerado como una política blanda. En la obra histórica de Cánovas, la incorporación de Portugal dentro de la Monarquía española constituía un tema fundamental, pues testificaba el fracaso de la unión del Estado. Veremos cómo este tema fue tratado por él a través de la interpretación de la política cortesana según los criterios de la política liberal y estatal. En este trabajo nos limitamos a la evaluación que hizo Cánovas de los reinados de Felipe II y Felipe IV, no teniendo espacio para incluir sus análisis de los reinados de Felipe III y Carlos II. Esto, por otra parte, tampoco es fundamental para entender sus ideas sobre el Estado, la Corte y la decadencia, que constituye nuestro tema central. Se ha señalado que la consideración de hombre de Estado, la merecía Cánovas por su capacidad de entender los acontecimientos políticos contemporáneos dentro de una concepción de la evolución histórica [20]. Sin embargo, creemos oportuno destacar que su concepción histórica era justamente el resultado de una proyección anacrónica del Estado sobre el pasado, cuando sólo existía la Corte. Fue a través de la asociación del mundo cortesano con la ruina del Estado y la decadencia, que Cánovas intentó justificar su proyecto estatal.

RANKE Y LA HISTORIA CIENTÍFICA

En toda Europa, el enfoque del Estado-nación, el carácter político, y la evolución de la Historia hacia una disciplina profesional y científica, constituyen las señas de identidad de la historiografía decimonónica, cuyo modelo es la obra de Leopold von Ranke, “el padre de los historiadores”, en particular, su paradigmático *Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis*

1514 [21]. En este libro situaba la génesis de los Estados modernos en sus contiendas internacionales, específicamente las guerras en Italia a finales del siglo XV, y principios del siglo XVI, y describía el surgimiento del equilibrio de los poderes en la Europa occidental. La obra fue acompañada del apéndice *Zur Kritik neuerer Geschichtsschreiber* cuyo fin era justificar su procedimiento metodológico, enseñar a los interesados cuáles eran las fuentes más fiables para estudiar la historia moderna y finalmente, su razón principal y “científica”, aportar a la creación de una colección de material no adulterado con una evaluación profunda sobre la naturaleza y el valor de las fuentes documentales [22].

Ranke era heredero de la tradición filosófica alemana que a finales del siglo XVIII y principios del XIX había dado forma a la idea del nacionalismo. Según E. Kedourie, el nacionalismo no era un sentimiento, sino una doctrina, basada en distintos elementos, principalmente la autodeterminación, la realización del individuo mediante su absorción en el Estado, la lucha como el proceso esencial en la historia y la naturaleza, y la diversidad como característica fundamental del universo [23]. Ranke recogió estos supuestos filosóficos de la doctrina del nacionalismo, que expresó en escritos metodológicos dispersos y cartas, pero nunca los reunió de manera sistemática en un manual historiográfico. Sin embargo, su *Politisches Gespräch*, un diálogo político que publicó en 1836 en *Historisch-politische Zeitschrift*, contiene muchas de sus ideas básicas sobre el Estado, y ha sido considerado como enunciado teórico del historicismo alemán [24]. En este escrito, Ranke criticaba que la función del gobierno fuera garantizar un equilibrio entre las distintas fuerzas políticas, y argumentaba que no se puede derivar la verdad de posiciones erróneas, sólo se la puede encontrar contemplándola en sí misma, en su propio ámbito. Considerar el gobierno simplemente como un poder mediador, equivaldría a identificarlo con el punto de indiferencia. Entre las fuerzas espirituales, que son los partidos políticos, es el gobierno mismo, el que tendría que ser el poder espiritual más fuerte. “La buena voluntad de la intermediación no será suficiente. Se necesita una esencia, un Yo” [25].

A partir de estos supuestos Ranke reflexionaba sobre el espíritu positivo del Estado. Éste domina el conjunto de las instituciones, que es distinto en cada país. En consecuencia, una institución no tiene ningún significado en sí misma, “sólo a través de la aplicación práctica asume su realidad espiritual” [26]. Instituciones idénticas con orígenes históricos similares, cobraron distintas formas en diferentes países. La cuestión no es la organización constitucional, la oposición entre los cuerpos, la relación entre los distintos poderes, y la hegemonía de uno sobre otro. Esto, según Ranke, implicaría poder transplantar una constitución de un país a otro. Sin embargo, no se puede copiar “el espíritu que vincula el pasado al presente, y que también anima al futuro” [27]. No se podían copiar los elementos más logrados de distintas constituciones para hacer una que fuera perfecta, pues es el espíritu del Estado el que rige las

modificaciones constitucionales. Ranke explicaba que se tiene que distinguir entre los aspectos formales generales y lo real, que es lo particular y lo viviente. “Ciertas formas de la constitución, las que tienen como objetivo limitar la arbitrariedad, y fijar las relaciones entre los estamentos, son necesarias en todos los Estados. Sin embargo, no constituyen la vida original, a través de la cual las formas reciben su contenido. Existe algo, que hace que el Estado no se defina como una subdivisión de lo general, sino como algo con vida, un individuo mismo” [28]. Los Estados no equivalían a “conglomerados efímeros que la teoría contractual creaba como formaciones de nubes”, sino “sustancias espirituales”, “creaciones originales del espíritu humano”, “pensamientos de Dios” [29]. Los axiomas generales no sirven para estudiar estas individualidades. “Lo real-espiritual, que se te presenta repentinamente delante de la vista en su singularidad inimaginable, no se puede derivar de ningún principio superior” [30].

Cada Estado, pues, tiene su propia idiosincrasia que es irreductible a una ley universal. Sin embargo, Ranke no rehusó enunciar principios supremos. Así, afirmaba que el Estado se define en la lucha de una comunidad por su independencia. La fuerza y la guerra estaban en su origen. Para alcanzar la verdadera independencia, precisó, hace falta una “energía moral”, la que finalmente siempre concede la victoria a una comunidad. El grado de independencia cobrada, determina la posición de un Estado entre los demás. Esto implica que la política exterior necesariamente rige la política interior. “La medida de su independencia es la que da a un Estado la posición que ocupa en el mundo. Al mismo tiempo, y por este motivo, está obligado a disponer todas sus circunstancias internas en función de su conservación como Estado independiente. Esto es un principio supremo” [31]. Estaríamos ante una contradicción, puesto que esto sería un principio general aplicable a todos los Estados. Sin embargo, la contradicción se resuelve si se considera que no existen principios generales en el plano de lo espiritual, puesto que cada Estado es una esencia única, pero el proceso de su materialización tenía unas características universales, unas leyes vitales válidas para todos los Estados. Ranke prosiguió explicando que, después de tiempos de guerra y crisis, finalmente se impondría el deseo de paz y de armonía. La unión de los ciudadanos a través de la cooperación voluntaria debía ser siempre el objetivo último del Estado. Esto se consigue a partir del momento en que “la idea del Estado toma posesión de cada uno, quien se siente partícipe de esta vida espiritual, que se considera parte de la totalidad, y que siente amor por ésta, que el sentimiento de la comunidad es más fuerte que el sentimiento de aislamiento provinciano, local o individual” [32]. El progreso era concebible dentro de esta concepción. El Estado “es un ser vivo, que según su naturaleza progresa y evoluciona irresistible y continuamente” [33]. Es, añadía, “en todo caso algo grande que el interés general cobre su forma personalizada en la autoconsciencia del príncipe, que lo contempla como asunto propio” [34]. Concluía, finalmente:

“Comprenda (...) estas esencias [los Estados] en su pleno significado. Tantas distintas comunidades terrenales-espirituales, llamadas por el genio y la energía moral, volcadas en una evolución imparabable, progresando por una fuerza interior hacia el ideal, en medio del caos del mundo, cada una a su propia manera” [35].

Retrospectivamente, se ha destacado este elemento espiritualista del pensamiento de Ranke, considerándolo una supuesta característica específica del historicismo, que determinaría la evolución historiográfica alemana en el siglo XIX y la primera mitad del XX. En este sentido, se ha matizado la influencia paradigmática ejercida por Ranke en el proceso de la profesionalización de la Historia, definiendo las señas del historicismo como una excepcional vía particular [*Sonderweg*] alemana [36]. Sin embargo, cabe señalar que la idea del Estado como “pensamiento de Dios”, tenía una aplicación muy práctica en su obra. Puesto que era una esencia objetiva que se materializaba, la razón de Estado [37] igualmente era algo objetivo, que estaba por encima de disputas religiosas, partidistas e ideológicas. La razón de Estado era un intento de motivar de manera objetiva el interés general, que finalmente siempre se equiparaba con una actuación autónoma del Estado nacional y la forja de su unidad. Conocer este proceso, que se materializaba de manera distinta en cada Estado, era tanto la tarea del historiador como del Estadista. Como decía Meinecke, quien provenía de la tradición del historicismo, en su libro sobre la razón de Estado: “Para cada Estado existe una línea de acción ideal en cada momento, una razón de Estado ideal. Conocerla es tanto la ardiente labor del estadista, como la del historiador que la contempla en retrospectión. Todos los juicios de valor sobre la actuación estatal no es otra cosa que el intento de descubrir el secreto de la verdadera razón de Estado en cuestión” [38]. La razón de Estado, pues, proporcionaba un criterio objetivo con el que medir la actuación de las grandes personalidades de la historia, quienes se perfilaban principalmente como actores en la política internacional, lo que significaba a la vez poder incluir en la historia nacional a protagonistas, cuya actuación encajaba difícilmente en los criterios “ideologizados” de los liberales revolucionarios [39].

En suma, el cambio paradigmático en la historiografía decimonónica, entendido desde la perspectiva de los propios historiadores del siglo XIX, no radicaba sólo en el estudio crítico de las fuentes, sino que su objetividad se consideraba fundada en el criterio de la razón de Estado, aplicable a la interpretación de las acciones de las grandes personalidades. Era el criterio, por otra parte, el que daba sentido al instrumento, el estudio crítico de las fuentes. Las crónicas de los humanistas, en opinión de Ranke, no servían como análisis del proceso de formación de los Estados, puesto que estaban escritos desde una perspectiva ajena a ello y, en consecuencia, carecían de objetividad. Esto es lo que quería mostrar Ranke en su famoso apéndice *Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber*. Así, sometía la *Historia d'Italia* de F. Guicciardini a un análisis riguroso y concluía

que no era una fuente fiable, con sus preocupaciones por la realidad inmediata, las relaciones personales y el interés particular. Se podría decir que reflejaba una concepción cortesana del mundo [40]. Habría que comparar distintos textos para abstraer los hechos, con tal de poder insertarlos en un relato objetivo sobre el desarrollo de la política estatal. Esto permitiría estudiar la Historia *wie es eigentlich gewesen*, que en la práctica era una ida y vuelta continua entre el estudio de las fuentes, y la reflexión sobre la razón de Estado.

Las implicaciones políticas de las ideas de Ranke, eran evidentes en tiempos de la Restauración, cuando la meta política era la consolidación del Estado formado por la élite burguesa, después de las revoluciones. Ya no se trataba de buscar antecedentes de constituciones históricas que legitimasen los reclamos de mayor libertad política, sino de conservar el Estado, que estaba por encima de consideraciones ideológicas. No es casualidad que el texto en el que Ranke enunciaba algunos de los supuestos fundamentales del historicismo, se llamase precisamente Diálogo político. Además, Ranke escribía de manera explícita: “Considero que el arte verdadero de la política tiene que estar basado en la Historia, en la contemplación de los Estados poderosos, que han alcanzado un notable desarrollo interno” [41]. Estos Estados habían conseguido materializar su propio espíritu con éxito, y su historia, pues, albergaba importantes lecciones políticas, nada místicas. Por otra parte, esto implicaba también que las naciones débiles no habían sabido materializar su espíritu. Allí algo había ido profundamente mal. Los ejemplos estaban en el sur de Europa, particularmente en Italia y España.

CÁNOVAS Y LA HISTORIA DEL ESTADO

No se puede afirmar que la filosofía alemana fuera asimilada con profundidad en la España decimonónica [42]. Ciertamente, el romanticismo en España estuvo influenciado por las ideas de Herder sobre la lengua como expresión de una nación que los hermanos Schlegel expusieron con relación a la crítica literaria [43]. Durante los años entre el final del bienio progresista y la Septembrina, se extendió la filosofía de Krause por España [44], al mismo tiempo que se empezaba a discutir sobre las ideas de Hegel, principalmente los rasgos más concretos como la concepción del Estado, la sociedad civil, el concepto de historia etc. El fracaso del sexenio revolucionario (1868-1874) produjo la crisis de la metafísica idealista, y se introdujo la mentalidad positiva durante la Restauración [45]. Con todo, Cánovas, en sus discursos para el Ateneo, hizo mención de los idealistas alemanes, algunos de cuyos trabajos conocía a través de traducciones y otros autores. Sobre Herder decía que “no sin razón se [le] atribuye la primera redacción de la *Filosofía de la Historia*, y acaso la más completa que se haya hecho hasta ahora” [46]. Con respecto a Ranke, Cánovas había leído sus libros *Die Osmanen und die spanische Monarchie*, y *Die römischen Päpste* [47]. Aparte de esta influencia directa, sus ideas y las de

filósofos como Herder y Fichte, se filtraron a través de la doctrina del nacionalismo y el liberalismo. La historia decimonónica y la legitimación de la política de Estado, estaban intrínsecamente relacionadas. Meinecke, en este sentido, comentaba que la actuación política basada en la razón de estado, ha despejado el camino para el historicismo moderno [48].

Por otra parte, Cánovas dirigía especialmente su atención hacia Alemania después de la victoria de Sedán de 1870. En su discurso *La cuestión de Roma bajo su aspecto universal y la supremacía germánica en Europa desde la Guerra Franco-Prusiana* presentado en el Ateneo el 24 de noviembre de 1870, sostuvo que las naciones latinas estaban en “uno de los momentos más críticos en la existencia”, tanto por la unificación de Italia, con la que Roma se convirtió en capital y dejó de ser una ciudad universal e independiente, como por la victoria de las tropas alemanas sobre las francesas en Sedán. Los ideales de la Revolución francesa, ya quedaban definitivamente derrotados y desacreditados, era el momento de un replanteamiento profundo, tanto en la política como en las ciencias morales “hoy que vemos, no ya sólo caído, sino desacreditado, el ideal social e individual, por más de medio siglo imperante en los pueblos latinos” [49]. Cánovas interpretaba la victoria de Alemania como consecuencia de la solidez de su Estado, que a lo largo de los siglos había ido evolucionando desde sus gérmenes históricos [50]. Su ascenso desacreditaba a la historiografía francesa, que no se podía considerar ya útil para entender los acontecimientos actuales. Mejor era leer las obras de historia alemanas, que enseñaban el principio de la unidad germánica [51]. Cánovas concluía: “Por donde quiera que hoy se mire, sobran razones para envidiar a la raza germánica, y para que doble humillada la cabeza toda la gente latina. Inferior ya anteriormente en la organización social y en las ciencias, eran los últimos baluartes de su grandeza, la Roma pontifical y el ejército francés, y las catástrofes simultáneas que hemos presenciado ponen el sello a una decadencia, quizá de todas suertes inevitable”. Sin embargo, a pesar de panorama tan desalentador, sostenía que tal como los alemanes habían confiado siempre en sus raíces históricas, los pueblos latinos también tenían que ser constantes. La suerte de cada Nación y pueblo, como decía Ranke, sólo la conocía Dios. Alemania también había conocido épocas de decadencia, durante y posteriormente a la Guerra de los Treinta Años. Ser vencido no significaba la destrucción. Habría que confiar en su propia fuerza, que para los pueblos latinos y, lógicamente en especial para España, era el catolicismo:

Pero en cambio, señores, ¿no es verdad que también contamos nosotros con peculiares y maravillosas aptitudes? Sí por cierto. No cabe duda que la conciencia del hombre latino refleja con más claridad que la de otros ningunos hombres, la idea purísima de Dios, y los tipos fundamentales y eternos de lo bello y de lo bueno ideal. Cuanto esencialmente distingue al hombre de la naturaleza, cuanto le hace imperecedero y en su fondo incorruptible, cuanto más eficaz es para regenerar en todo tiempo el espíritu, redimiéndole de sus caídas pasajeras, y

abriendo de nuevo las puertas del *Paraíso perdido*, todo eso lo poseen, todo eso lo piensan, lo comprenden, lo sienten, lo sueñan, con singular espontaneidad, el italiano, el español, el francés, y también el griego, a juzgar por los griegos antiguos. Pues ahora bien, señores, oíd mi ruego. No olvidéis nunca, cegados por las accidentales contiendas contemporáneas, que esta gente latina es la hija primogénita de la religión, del catolicismo, que es la religión por excelencia, el cual, quíerose ya o no, informó todo nuestro saber, y hoy se esconde en todas nuestras obras. Prestad por lo mismo grave, profunda, serena y aun benévola atención a todas las cuestiones católicas [52].

Aplicada a la historia española, se puede notar que las ideas de Cánovas y Ranke sobre el Estado son comparables. Así, Cánovas sostenía en *Los antiguos y modernos vascongados. Su origen y sosiego secular, y su situación y sosiego actuales* (1873), que el Estado-nación se tenía que comprender en función de su desarrollo histórico, lo que al principio se juntó mediante la fuerza, con el tiempo se iría cuajando: “las naciones, fábricas lentas y sucesivas de la historia, nacen de una conglomeración arbitraria o violenta, la cual poco a poco se va solidificando y hasta fundiendo, al calor del orden, de la disciplina, de los hábitos correlativos de obediencia y mando, que el tiempo hace instintivos, espontáneos, y como naturales” [53]. La semejanza de las ideas sobre el Estado entre Ranke y Cánovas se puede percibir asimismo en su *Discurso sobre la nación*, presentado en el Ateneo, el 6 de noviembre de 1882. La concepción esencialista del Estado, que manejaba Ranke, como “pensamiento de Dios”, frente a los “conglomerados efímeros que la teoría contractual creaba”, es comparable con el concepto que tenía Cánovas de la Nación, que para él era una “...obra de Dios, o, si alguno o muchos de vosotros lo preferís, de la naturaleza. Hace mucho tiempo que estamos convencidos todos de que no son las humanas asociaciones contratos, según se quiso un día” [54]. No obstante, Cánovas, en sus discursos políticos y su obra histórica, daba un contenido muy concreto al “espíritu del Estado”, con su idea sobre la “constitución interna” que regía la “constitución escrita”. Lo real y lo espiritual, pues, estaban intrínsecamente relacionados:

...hay mucha diferencia entre hablar de Constitución interna al lado de una Constitución expresa y escrita, en cuyo caso existe contradicción notoria, y hablar de Constitución interna en un país donde por las circunstancias de los hechos no queda en pie Constitución alguna escrita. Donde esto acontece, no puede menos de decirse que no hay Constitución vigente; y como, sin embargo de esto, es imposible que un país viva sin algunos principios, sin algunos fundamentos, sin algunos gérmenes que desenvuelvan su vida, llamada a eso como queráis; si no os gusta el nombre de Constitución interna, poned otro cualquiera, pero hay que reconocer el hecho de que existe; invocando toda la historia de España, creí entonces, creo ahora, que deshechas como estaban por movimientos de fuerza sucesivos todas nuestras Constituciones escritas, a la luz de la historia y a la luz de la realidad presente sólo quedaban intactos en España dos principios: de una parte el principio monárquico, el principio hereditario, profesado profunda, sincerísimamente, a mi juicio, por la inmensa mayoría de

los españoles, y de otra parte la institución secular de las Cortes [55].

Fue esta perspectiva del Estado, la que permitió a Cánovas tomar distancia del austracismo e incluir a la Casa de Austria en la historiografía nacional. Con esto, influía decisivamente en la creación de la nueva orientación historiográfica de la Restauración [56]. Y, a partir de una cohesionada y racional Historia de España, desde sus orígenes (en tiempos de los romanos y visigodos) hasta los tiempos presentes, diseñó su sistema político en la que cabían todos los sectores sociales [57].

HISTORIA DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA

En la introducción a la *Historia de la decadencia*, Cánovas mencionaba dos autores que según él habían escrito con juicio sobre la historia española: Leopold von Ranke y Charles Weiss. Aunque estos autores habían escrito sus obras desde una perspectiva no española, y por esta razón no eran del todo aceptables, opinaba que igualmente eran valiosas. En *Die Osmanen und die spanische Monarchie im sechszehnten und siebzehnten Jahrhundert*, el historiador alemán había situado el principio de la decadencia española en el reinado de Felipe II y lo había relacionado con la política cortesana que caracterizaba el gobierno de este rey. Mientras el Emperador había gobernado a través del Consejo privado, que reunía a los representantes de los distintos territorios, quienes habían sabido compaginar el interés local con el interés general, Felipe II confió los negocios del Estado a los que habían sido integrantes de su séquito cuando era príncipe. Su gobierno fue dominado por las luchas cortesanas por el favor real, llegando a perderse la racionalidad política. Al final de su reinado, a través de la pugna cortesana, se impuso la línea dura en la política exterior de Felipe II, lo cual generó un aumento de gastos para la guerra que superaban con creces los recursos del reino [58].

Charles Weiss había escrito su interpretación sobre la decadencia de España inspirándose en la introducción de François-Auguste Mignet a su *Négociations relatives a la succession d'Espagne sous Louis XIV ou correspondances, mémoires, et actes diplomatiques concernant les prétentions et l'avènement de la maison de Bourbon au trône d'Espagne* (1835). En esta introducción Mignet comparaba la decadencia de España con el ocaso de Francia [59]. Sostenía que la monarquía española se debilitaba a medida que se extendía su imperio, mientras Francia, que se estaba fortaleciendo interiormente, se hacía cada vez más poderosa. Esto culminaba con el ascenso de un rey de la dinastía de Borbón al trono español. Las negociaciones diplomáticas previas a este sucesión habían mostrado, según Mignet, un gran sentido de política de Estado por parte de sus protagonistas. Mostrando esto, Mignet pretendía dar una nueva perspectiva histórica a la política de Luis XIV, pues de la historia de su reinado, escribía, sólo se conocían las intrigas de la Corte [60].

El libro de Weiss continuaba en esta dirección, aunque él no se concentraba tanto en la política exterior. Mencionaba que su estudio estaba basado en “des documents sur l'état intérieur de l'Espagne, sur son gouvernement, ses institutions, son agriculture, son industrie et son commerce” [61]. Dibujaba de esta manera un panorama desolador de la decadencia, que sólo llegaría a su fin con el advenimiento de los Borbones. Cánovas daba su propia interpretación a las tesis de Ranke y Weiss sobre la decadencia española, pero compartía con ellos su preocupación por la política de Estado que, igual que éstos, proyectaba sobre la Corte. Una de las diferencias más llamativas entre Cánovas y los autores mencionados, era su valoración de Felipe II, a quien rehabilitaba como un hombre de Estado.

Felipe II como hombre de Estado

En la introducción de *La historia de la decadencia de España* Cánovas dejó claro qué época consideraba la más gloriosa de la historia de España, y cuándo empezaba, según él, la decadencia:

Vamos á anudar la historia de nuestra nación en el punto mismo en que comienza su decadencia. Mariana, que tomó su relación desde los tiempos más remotos, pudo recoger en sus principios á la Monarquía, y seguirla por los gloriosos caminos que la trajeron á la grandeza que alcanzó en el reinado de los Reyes Católicos. No fue menor asunto el de Miñana, que relató los hechos de Carlos V y los consejos y empresas de Felipe II. Aquí llegó el astro de España á su apogeo. Nosotros hemos de contar ahora cómo de tanta grandeza vinimos á humillación tan grande; cómo de tan alto poderío, á tamaña impotencia, y de sucesos tan prósperos á tan inauditas desgracias como lloraron ojos españoles en los días de Carlos II [62].

La decadencia, pues, sucedió en la época de los Austrias menores, caracterizados por una progresiva degeneración. Cánovas no empleaba este argumento sólo para explicar la decadencia, sino también para relativizar la idea de que ésta había sido inevitable. ¿Qué hubiera pasado si Felipe II hubiera tenido unos sucesores dignos? Así, dirigió su atención a la formación del Estado en España:

Si Dios hubiera concedido á Felipe II sucesores tan grandes como eran los estados y los empeños de la Monarquía, hubiérase conservado como estaba, y reparando y mejorando su constitución lentamente con la facilidad de los tiempos, el desengaño de los sucesos adversos y la enseñanza de los prósperos, quizá la hubieran alcanzado nuestros ojos dominadora aún, y grande y temida. Ello es que era ya uno el territorio de la Península después de tantos siglos de división y desconcierto entre las diversas provincias [63].

Cánovas planteaba la existencia de la Nación como territorio, faltando la elaboración de una constitución que la mantuviera unida. De esta manera, introdujo su perspectiva estatalista: se trataba de valorar la política de Estado de los monarcas españoles, que se expresaría en sus

ajustes de la constitución. Además, buscaba excluir a Felipe II del discurso de la decadencia:

Ciertamente, la Monarquía tenía ya dentro de sí los gérmenes de corrupción que más tarde habían de destruirla, y cierto es también que Felipe II había cometido no pocas faltas en su reinado. Mas ha de tenerse en cuenta que aquellos gérmenes de corrupción no habían sido antes sino principios de vida y engrandecimiento que eran naturales en la Monarquía, y que lo mismo se advertían en ella cuando comenzaron a reinar los Reyes Católicos que á la muerte de Felipe II. De tales flaquezas se hallan en todos los imperios del mundo, y viven y crecen, sin embargo, mientras hay manos hábiles que acuden á su mantenimiento. Y no ha de olvidarse tampoco que si faltas cometió Felipe II, faltas quizá mayores cometieron Fernando el Católico y el Emperador Carlos V, sin que se diga por eso que en su tiempo decayese España [64].

Cánovas ofrecía con esta reflexión un argumento para rebatir la fatalidad de la decadencia, dando la vuelta a la idea presentada por historiadores como Weiss y Mignet: los factores que habían llevado a España a la ruina, también la habían hecho grande. La historia de España no estaba definida por la fatalidad sino que había dependido del acierto de sus gobernantes. Los grandes reyes habían sabido aprovechar las circunstancias históricas para hacer a la Monarquía poderosa, y afrontar, o por lo menos mantener bajo control, los problemas que sufría. Felipe II era uno de estos monarcas hábiles y tenía que ser relacionado con la grandeza alcanzada. En consecuencia, no se le podía hacer responsable por la debilidad que aquejaba a la Monarquía, pues él la había sabido proteger, y no se le podía juzgar por la ruina sufrida bajo los reyes que le sucedieron [65].

Felipe II, escribía Cánovas, había sido a menudo caracterizado como un déspota. En esto, según el autor, no se diferenciaba de los revolucionarios franceses, “la sanguinaria y deshonesta” Isabel I, reina de Inglaterra, o el “déspota y disoluto” Luis XIV, todos notorios por su abuso de poder. Sin embargo, la dureza de Felipe II, que no negaba el autor, tenía una justificación de la que carecieron los personajes referidos: más que un tirano, era un hombre capaz de renunciar a sus sentimientos, a su propio interés, con tal de mantener sus principios para poder cumplir con su deber. Por esta razón, Cánovas consideraba más acertado identificarle con héroes romanos. Refería en concreto a Lucio Junio Bruto, quien, según la tradición romana, expulsó el último rey Lucio Tarquinio el Soberbio. Como cónsul hizo ejecutar a sus propios hijos después de que éstos hubieran participado en una conspiración contra la República. También mencionaba a Marco Junio Bruto, por ser supuesto hijo de Julio César, quien tuvo como amante a Servilia Cepionis, madre de aquél. Cánovas, sin duda, se refería con esta comparación a la muerte de Don Carlos, hijo de Felipe II [66]. El significado del símil no puede haber sido otro que resaltar que el Rey estaba convencido de su deber y que no se dejaba apartar, por motivos de interés propio, de sus convicciones. Estas, si seguimos el paralelismo con los Brutos, no

eran sino servir al interés público y garantizarlo. Tanto como la República para los Brutos, el Estado era una entidad impersonal para Felipe II, y custodiándola garantizaba el interés público. Muy distinto juicio sobre el rey y su padre había emitido la historiografía romántica, como por ejemplo Francisco Martínez Marina en su *Teoría de las Cortes*: “Mas aquellos Príncipes extranjeros desde luego que vinieron a España, desentendiéndose de las obligaciones más sagradas, sin miramiento a las costumbres, a la constitución ni a las leyes del país, solo trataron de disfrutar este patrimonio, de esquilmar esta heredad, de disipar sus riquezas, de prodigar los bienes y la sangre de los ciudadanos en guerras destructoras que nada importaban a la nación ni por sus motivos ni por sus consecuencias” [67].

Para Cánovas, sin embargo, Felipe II no sólo se caracterizaba por su abnegación como un rey estadista, sino también porque comprendía que los gastos de la guerra podían poner en riesgo la vitalidad de la Monarquía hispana. Lo que necesitaba el Estado fatigado, era reposo, lo que requería la Hacienda, era un equilibrio entre ingresos y gastos. Felipe II se daba cuenta de que este principio estaba en peligro. La actuación del Rey era consecuente, pues llevó a cabo una prudente política pacificadora, que se manifestaba en la Paz de Vervins y la cesión de los estados de Flandes en favor de su hija [68]. De esta manera, Cánovas se distanciaba de la idea de que la política exterior de España se caracterizaba por una fanática y dogmática defensa de la ortodoxia católica [69], e intentaba evaluar “objetivamente” al rey según los criterios del Estado liberal. Sostenía que la política de Felipe II fue precursora, pues sólo “mas tarde” comprenderían otras naciones que el poder estatal se fundamentaba sobre una Hacienda en orden, y con el Ejército y la Marina organizados y poderosos. Para lograr esto era necesario llevar a cabo una política exterior prudente, es decir, establecer prioridades. Estas, según Cánovas, no estaban en Flandes. Fue por esta razón que Felipe II ya había querido poner fin al conflicto en los Países Bajos, algo que sólo se consiguió, de manera temporal, con la Tregua de los Doce Años durante el reinado de su sucesor. El monarca, sin embargo, ya había previsto la necesidad de hacer la paz [70].

Cánovas sostenía que los sucesores de Felipe II deberían haber aprendido las lecciones del Rey Prudente. El apelativo *Rey Prudente* cobraba de esta manera un sentido anacrónico, significando un monarca que dejaba prevalecer el interés de la Monarquía sobre la defensa de la religión, en última instancia por razones económicas [71]. En esto consistieron sus “miras políticas”, una expresión que sugiere tener una visión, algo que para Cánovas significaba visión de Estado. Que los sucesores no la habrían tenido explicaba que el “cansancio” se convirtiera en “decadencia”. De esta manera intentaba rehabilitar a los Austrias mayores, particularmente a Felipe II, haciendo de éste rey un monarca con sentido de Estado. Esta idea permitía un análisis de los objetivos políticos frente a “la realidad histórica”. Ser hombre de Estado implicaba poder discernir los verdaderos

problemas y tener una idea, al menos una intuición, sobre el cambio necesario. A partir de allí, distintas medidas políticas eran imaginables y se podían enunciar distintas evaluaciones de la práctica política. De esta manera, Cánovas pudo desvincular a los Austrias mayores del desastre de la decadencia. Aparte de ser calificados como unos personajes que perseguían unos ideales destinados al fracaso, porque ya se habían convertido en algo anacrónico -que era lo menos excusable-, o figurar como imbuidos en la mentalidad de su época -que era perdonable-, ahora podían ser estudiados como monarcas con una visión sobre el cambio necesario, aunque la mentalidad de la época, les impidiera todavía poder discernir la verdadera raíz de los problemas. Esto no impedía, por otra parte, una actitud crítica frente a la política seguida, pues se podía valorar si los principios habían sido mantenidos con suficiente firmeza.

Este planteamiento permitía una historia más matizada que la ideologizada historia romántica [72]. En este sentido también pretendía ser más objetiva. No sólo por los matices, sino también por el significado atribuido al Estado, identificado con el interés general y concebido como una entidad que estaba por encima de los intereses particulares, y de las ideologías que, desde esta perspectiva, sólo representaban una percepción parcial de la realidad. Determinadas características del reinado de Felipe II, que habían percibido los historiadores románticos como opuestas a las ideas liberales, como el fanatismo religioso, podían ser insertadas en un “contexto histórico”. Pero lo que importaba era el saldo de sus actuaciones: la custodia del Estado-nación:

No se han contentado, sin embargo, con encarecer su crueldad sus enemigos, y ha habido aún quien de ineptitud le censure. Niegan el sol y contradicen la evidencia los que ponen en duda la profunda comprensión y sagacidad y prudencia del que llamaron los extranjeros demonio del *mediodía*. Afortunado en unas empresas, infeliz en otras, como todos los reyes de la tierra, ambicioso como sus antecesores y como todos los que sienten en sí poder para adquirir y gozar aún más de lo que tienen y gozan, fanático en materias religiosas como lo fue su padre y su abuelo y lo fueron sus nietos, no desconoció, sin embargo, los flacos de la Monarquía, ni despreció su cansancio cuando llegó a advertirlo, que son las cosas porque más se le censura [73].

Cánovas, ciertamente, criticaba que Felipe II no hubiera hecho nada para limitar el poder de la Inquisición, y aliviar la represión religiosa que llegó a debilitar la vitalidad del pueblo español, a la vez que lo justificaba aludiendo a que tampoco lo habían hecho sus antecesores. La actuación de contemporáneos como Isabel I de Inglaterra era también parecida. De esta forma, la política que no encajaba en la perspectiva de la política de Estado liberal, era por lo menos excusable. Esto tenía su explicación dentro de la idea de la formación del Estado como progreso histórico: determinados principios fundamentales todavía no se habían manifestado en toda su claridad.

La cuestión, pues, era valorar si los grandes personajes habían actuado lo mejor que pudieron, según el conocimiento de la época, o si hubiesen podido hacer más en pos de la formación del Estado. Así procedía Cánovas en su evaluación de Felipe II. Dejando aparte la actitud permisiva de éste respecto a la Inquisición, y la valoración que hacía Cánovas de su política económica y hacendística, se planteaba la cuestión de cómo compaginar la idea de la Monarquía hispana de Felipe II con una política que tuviese como objetivo fraguar la unidad del Estado. Después de una enumeración de la variedad de las libertades y “franquicias” que caracterizaban a los distintos reinos de la Monarquía, Cánovas concluía que no se podía considerar del todo logrado el gobierno de Felipe II, puesto que no aplicaba los mismos criterios en todos los reinos por igual:

Comparando cosas tan contrarias y tan diversos modos de conducta, llegase a dudar si el pensamiento de la unidad nacional tuvo cabida en el ánimo de los grandes reyes del siglo de oro de nuestra política. Diríase que obraron al azar y a medida del capricho momentáneo o de las necesidades del día. Pero lo más probable es que cuando el pensamiento de la unidad estuviese en todos ellos, y principalmente en Felipe II, distraídos con las empresas lejanas y las guerras extranjeras, no acertaron a obrar con el concierto y la constancia que tamaño intento requería. Fue que se dieron treguas á Cataluña y Portugal y las demás provincias para que conservasen sus fueros, mientras venía la ocasión oportuna de igualarlas con Aragón y Castilla. Y en esto precisamente hallamos nueva falta, porque no había ningún interés que debiera preferirse al de la unidad, ninguna cosa que debiera hacerse antes a costa de dejarla a ella para después [74].

Con esto, llegamos a la política dinástica. ¿Cómo identificarla con una política estatal? No había entendido Felipe II que el principio de la unidad nacional tenía que estar por encima de cualquier otro principio, aunque, teniendo en cuenta el “contexto histórico”, su actuación tampoco era sorprendente. El “Imperio” era una realidad, y era lógico que hiciera un esfuerzo por conservarlo [75]. Felipe II, como sus antecesores, supo distinguir cuál territorio aportaba algo a la Nación, y cuál era prescindible, sin embargo, no aplicaba este criterio en la práctica con suficiente rigor. Su acierto se notaba sobre todo en la conquista de Portugal, que era un reino que realmente convenía incorporar dentro de la Monarquía:

Felipe II conquistó a Portugal con ventaja tan grande para la Monarquía, que basta con ello para que su memoria sea honrada en España. Hubo en este Príncipe más idea que en otro alguno de nuestros verdaderos intereses; pero de una parte se encontró ya planteados los más de los errores nacionales por Fernando V y Carlos V, dueño a su pesar de Nápoles y Milán y Flandes, Borgoña y Sicilia, y de otra, sus medidas y sus nuevas empresas pecaron siempre o de poco maduras o de sobrado grandes, por lo cual no sacó de las más el buen partido que se proponía. Encadenado a la política de sus antecesores, no hizo más que aplicar a ella todo lo grande de sus pensamientos y el impulso de su voluntad invencible [76].

La tradición política dinástica, del que no supo sustraerse Felipe II, aclaraba en parte que poner la Hacienda en orden era una empresa menos que imposible, y esto era especialmente arduo en tiempos en los que todavía no se habían descubierto los principios económicos liberales. En el balance final, el mérito y la grandeza de Felipe II y sus antecesores, quedaba reducido a un papel que difícilmente se podía llamar glorioso:

Pero si aquellos grandes reyes no hicieron todo lo que debían, tuvieron hartas prendas para esconderlas [las llagas] de modo que no apareciesen a los ojos extranjeros. Ellos hicieron útil empleo las más veces del poder de la nación, que era, á pesar de todo, muy grande, y aprovechándose de las ventajas que ofrecía el espíritu de los naturales, su valor, su sobriedad y el oro de América y la muchedumbre de sus fortalezas y provincias, vivieron y murieron grandes reyes [77].

Los reyes eran grandes por haber escondido las desgracias que aquejaban a la Monarquía. Quedaba el recurso retórico de una comparación entre la España imperial y el Imperio Romano [78]. Hubo, sin embargo, otro recurso más acertado: el comparar a los Austrias mayores con los menores. La política desastrosa de los reyes a partir de Felipe III tenía que mostrar que sus antecesores por lo menos tenían idea de los principios de una política de Estado, aunque esto finalmente sólo se manifestara en su capacidad para ocultar los graves problemas que padecía la Monarquía. A partir de esta perspectiva, se definía la interpretación que Cánovas daba a la política cortesana, que identificaba con los intereses particulares:

Tócanos decir, en adelante, cómo otros reyes más desiduosos y menos inteligentes, entregados á vergonzosas tutelas, dejaron que los ocultos males de la Monarquía saliesen á la faz del mundo y que llegaran á ser inmensos é irremediables. Más de una vez la pluma ha de vacilar en el propósito de seguir adelante, al inquirir y apuntar los hechos de esta era desdichada; más de una vez el rubor ha de manchar nuestras mejillas y la ira ha de agitar nuestro corazón. Miseros reyes y ministros torpes que cometieron todas las faltas de sus antecesores y no supieron estudiar ni imitar ninguno de sus aciertos; movidos, príncipes y súbditos, no de erróneos pensamientos de religión ó de política, sino de la pereza del ánimo ó del deleite del cuerpo, de lujuria, vanidad y codicia [79].

El reinado de Felipe IV: la corte interpretada como un estado de decadencia

La época de la corte, para Cánovas, significaba el adiós a austeros y sacrificados hombres de Estado como Felipe II, y el advenimiento de los cortesanos que se movían en un ambiente de corrupción. Éstos se apoderaban del gobierno, después de que los reyes hubieran dejado de interesarse por él. No obstante, es preciso advertir que, de esta manera, la Corte era estudiada desde una perspectiva estatal decimonónica. Según ésta, cuando la política cortesana se impuso, el Estado dejó de funcionar, y como consecuencia, los graves problemas que padecía la Monarquía, se

empezaron a revelar en toda su plenitud. Fue a partir de este momento que empezó a manifestarse la decadencia, como reza el título de la obra: *Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento de Felipe III al trono, hasta la muerte de Carlos II*. Para Cánovas, al igual que para Ranke, la Corte llegó a ser la antítesis del Estado, como los Austrias menores lo eran de los Austrias mayores.

Cabe señalar que en la obra de Cánovas, esta oposición entre Corte y Estado no se expresaba a través de unos conceptos claramente definidos. A diferencia de Ranke, Cánovas no intentó definir la sociedad cortesana frente al Estado [80]. Usaba la palabra Corte como sinónimo de la Capital, del gobierno, o de la residencia del rey. Tampoco empleaba exclusivamente Estado en relación al gobierno de Felipe II, y Corte en relación al de los Austrias menores. La diferencia de perspectiva se percibe a través de la caracterización que Cánovas daba a Felipe II como hombre de Estado, a quien definía por su austeridad, abnegada labor por el bien común, rectitud y profunda comprensión de los lados débiles y fuertes del Estado, mientras que atribuía consecuentemente las características opuestas a los ministros de los Austrias menores que sólo parecían interesarse por el interés personal: egoísmo, vanidad, corruptibilidad, gusto por el lujo, incompetencia y desconocimiento. Éstos dejaron el Estado desamparado. Los asuntos de Estado ya no eran despachados por un austero rey que infundía la virtud en sus ministros, sino por el favorito, que no había llegado al poder a través de una sacrificada carrera en la burocracia, sino que había ascendido desde el ámbito privado del rey, desde donde había ganado su confianza con hábiles manipulaciones. Los partidarios del favorito o, más bien, sus cómplices, no se caracterizaban por su dedicación al servicio público, sino que aprovechaban la posición privilegiada de su protector para enriquecerse y hacer ostentación de ello en la Corte. Se perfilaban por su presencia fastuosa comportándose como cortesanos en vez de funcionarios. Se podría decir, de esta manera, que la Corte, percibida por Cánovas como un estado de corrupción, se imponía sobre lo virtuoso del Estado.

Concentrándonos en la comparación entre los reinados de Felipe II y Felipe IV, examinamos ahora la evaluación que Cánovas hizo del gobierno de Olivares. Éste no significó un cambio comparado con lo que Cánovas había señalado con respecto a la privanza de Lerma: un gobierno ocupado por los cortesanos, caracterizado por el despilfarro y el interés particular. Lo que cambiaba eran los protagonistas con sus particulares rasgos de carácter, aunque seguían siendo igual de incompetentes. Los que se ocupaban de los asuntos del Estado no eran los que más cualidades poseían para ello, sino los que más hábilmente habían sabido conquistar la confianza del rey, y desplazar a sus enemigos. Así explicaba como Olivares conquistó el poder, empezando sus maniobras en la Cámara [81]:

Viéronse al comenzar este reinado los mismos síntomas que cuando empezó el anterior. La cámara del Príncipe estaba puesta desde 1615, y en ella había entrado como

Gentilhombre D. Gaspar de Gúzman, tercer conde de Olivares, de noble casa y muy agraviada porque no se la hubiese concedido aún grandeza de España. No se inclinaba el nuevo Rey en los principios al Conde; amaba más á otros de su cámara; y sólo el duque de Lerma, con su ojo perspicaz y ejercitado, acertó á comprender que en él tenía sucesor y acaso rival temible. Quiso entonces apartarlo del Príncipe, pero ya no pudo; y el Conde, disimulando mucho y alimentando á su costa con su ingenio y arbitrios las pasiones voluptuosas del joven Príncipe, no de otro modo que el de Lerma había alimentado la devoción del padre, logró al fin la privanza que apetecía. Así desde mucho antes que muriese el rey D. Felipe III, sabíase en la corte y en todo el mundo, quién había de ser el ministro y favorito de su sucesor, y el árbitro de las cosas del Estado [82].

Lo primero que hizo Olivares, hombre rencoroso, fue ajusticiar a los ministros de Felipe III, supuestamente por sus abusos, pero en realidad por venganza. El daño que habían hecho éstos al Estado por su conducta corrupta, no había sido el motivo verdadero para llevarles ante los tribunales, sino la lucha faccional que caracterizaba a la Corte. De esta manera, era de esperar que todo siguiese igual en el reinado de Felipe IV. La justicia seguía estando ausente. Las medidas que proponía Olivares en su "Memoria" para mejorar la situación de la Monarquía, eran interpretadas como irracionales y ridículas por Cánovas. La irracionalidad de sus propuestas puede verse en la prohibición de lujos en la vestimenta, pensada como una medida para ahorrar gastos, y que sólo podía ser considerada como una idea frívola [83]. Poco cabía esperar, pues, de su política de Estado. De Olivares daba un retrato que se puede definir como lo opuesto de lo que tenía que ser un gran estadista, que debía ser un hombre experimentado, con gran conocimiento de los problemas de la Monarquía, y honda comprensión de ellos, además de una persona abnegada, sensible solo para lo que convenía al bien público:

El conde-duque D. Gaspar de Guzmán, que lo era único y absoluto y lo fue por tantos años, no carecía ciertamente de talento, bien que no fuese tanto como su vanidad; pero no tenía la sagacidad política, la profunda comprensión, y la instrucción y vasta experiencia que necesitaba en tan peligrosas circunstancias la Monarquía. Fue también más atento al provecho propio y á contentar sus pasiones que al bien del Estado, cosa harto común por desgracia en los ministros y privados, sobre todo, en España y en aquellos tiempos. Con la grandeza de España, tomó para sí el título de duque de San Lúcar, de donde le vino el ser Conde-Duque, y no tardó en formarse copiosísimas rentas. Luego, á cambio sin duda de los favores que á manos llenas recibía, dióle el ministro al Rey gratuitamente el título de *Grande*, y fue vergüenza que éste llegase á admitirlo como merecimiento, en lugar de despreciarle como lisonja. Hecho en que harto se dieron á conocer entrambos, mostrando bien desde los principios lo que de tal Príncipe y tal ministro podía esperar la Monarquía [84].

Que la situación en España, en este caso, no se justificaba dentro del "contexto histórico", lo explicaba Cánovas refiriéndose a la situación en la corte francesa, muy diferente a la de la Corte

española. Los ministros franceses se aproximan mucho más al ideal que tuvo Cánovas de los grandes estadistas: hombres austeros y desinteresados que huyen de los placeres, como Sully. Sólo semejante ministro era capaz de entender la importancia de una balanza financiera equilibrada. Esto explicaba por qué Francia poseía las condiciones para convertirse en una Nación fuerte y organizada, mientras que España había arruinado [85]. Un ministro con visión de Estado, sostenía Cánovas, toma las decisiones en el momento justo. De esta forma, Richelieu logró hacer de Francia un estado unificado [86]. Olivares, sin embargo, intentaba llevar a cabo una política de unificación cuando la Monarquía estaba gravemente debilitada por las guerras extranjeras. Además, y esto certificaba el fracaso de la unificación, durante el alzamiento de Portugal, no había estado a la altura. El día en que se conoció que el duque de Braganza se había coronado por rey Juan IV, la Corte se despertaba del sueño que estaba viviendo, para por fin darse cuenta de la pesadilla que se avecinaba:

Quando llegó á Madrid la noticia de este suceso, halló á la Corte descansando, como solía, de unas fiestas de toros que se habian celebrado en la plaza pequeña del Buen Retiro, toreando los principales de la nobleza, para honrar a un Embajador de Dinamarca que acababa de llegar a España y no había visto nunca tal espectáculo. Sin embargo, la noticia del suceso produjo una impresión profunda en todos los ánimos. Vióse entonces claramente que era ya inevitable la ruina de la Monarquía con tal favorito. Públicamente se murmuraba de su conducta, acusándole de imbécil é inepto, tanto como de vanidoso y de tirano. Llenos de dolor los Grandes y los plebeyos, rogaban á Dios ardentemente que los librase de él; pero ninguno osaba dirigirse con súplicas al Monarca [87].

La actuación del favorito, en esta ocasión siguió como hasta entonces: se preocupaba por su propio interés. La deseada actuación del Rey tampoco llegó. La consecuencia fue que el pueblo, al no sentir inspirado su fervor patriótico, no estaba dispuesto a luchar por Portugal. Sólo un rey que se dedicara a los asuntos del Estado y se mostrara aguerrido sería capaz de generar tal sentimiento. Esto justamente era lo que hacía falta, según Cánovas, quien recordaba los acontecimientos de 1808. Los placeres de la Corte habían adormecido la vitalidad de sentimiento patriótico.

No había más que un modo de poner el patriotismo nacional á la altura de la ocasión, y la ejecución de éste dependía de todo punto del Monarca. Era preciso que apartase de sí al favorito y aun lo inmolase á la justa saña de la nación: era preciso que abandonase los placeres y se consagrara al trabajo; que comenzase a gobernar y a hacerlo todo por sí mismo, que empuñara la espada de Fernando III y vistiese la armadura de Alonso el Batallador, que fuese como Carlos V á los ejércitos y pelease con ellos, y fuese con ellos a la victoria a la muerte. Entonces sí que los hidalgos y los pecheros hubieran acudido á las banderas del Rey, según la antigua usanza; entonces sí que el patriotismo nacional se hubiera despertado dando copiosos frutos, entonces sí que el gran pueblo que

tal muestra dio luego de patriotismo en 1808, virgen á la sazón, y de más virtud y esfuerzo, todavía hubiera podido esperarse con fundamento la victoria y la salvación de la Monarquía. Hubieran muchos dejado la parte de la rebelión, al ver castigado al mal Ministro; no hubieran otros osado levantar las armas contra la persona del Rey, santa y verdaderamente inviolable hasta allí para los españoles; hubieran los más tibios cobrado valor, y hubieran cobrado los más enemigos respeto ó miedo [88].

La pérdida de Portugal, consideraba Cánovas, era lo que condicionaba la posición de España en su propio tiempo en la política internacional. Era casi una cuestión de supervivencia, si seguimos la conclusión de su *Historia de la decadencia*, en la que consideraba que la unión todavía era una posibilidad, aunque ya no a través de una conquista violenta: "España puede ser todavía una gran nación continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal su hermana, comprando o conquistando a Gibraltar tarde o temprano, y extendiéndose por la vecina costa de África. Pero también puede quedar reducida a nulidad vergonzosa, ejecutándose en todo o en parte, y antes y después, aquel funesto pensamiento de los Bonapartes que era traer al Ebro la frontera francesa y dando a Portugal la Galicia, repartir la Península entre dos Coronas casi iguales en poderío" [89].

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CASA DE AUSTRIA EN ESPAÑA

En el Bosquejo, Cánovas hizo un esfuerzo más sofisticado por incorporar a los Austrias mayores en la historia nacional, valiéndose en mayor medida de las fuentes históricas, y con una idea más elaborada sobre el significado del Estado en la edad moderna. Con unas frases ya célebres, decía que fue con ellos que España se convirtió definitivamente en una Nación: "Al advenimiento de la casa de Austria es cuando forma ya España una nación permanente; y entonces es cuando recorren nuestras armas y naves todo el globo, y median nuestros hombres políticos en todas las grandes controversias humanas. (...) Ni antes ni después de aquella época ha sido otra cosa España que un rincón del continente europeo, más o menos unido, mejor o peor gobernado, pero aislado, de todas suertes, e incapaz de disputar siquiera el primer lugar de las naciones" [90]. La formación de la Nación, implicaba la del Estado. Cánovas, con más claridad que en la *Decadencia*, explica cómo surgió el Estado absolutista durante el reinado de Felipe II.

Juntándose con este gran choque religioso, a la sazón, el progreso constante de las doctrinas del Derecho Justiniano o bizantino, abiertamente favorables al absolutismo monárquico, llegó a ser, sin sentirlo, en todas partes el ideal del Estado lo que llama el inglés Buckle sistema de *protección* [91], y consiste en atribuir a la potestad civil, confundida con la eclesiástica, la dirección de todos los intereses morales o materiales de los hombres; causa permanente sin duda, como aquel autor y otros muchos han dicho, de nuestro descaecimiento intelectual y

político. Que si al menos la corona de España se hubiera propuesto proteger no más que la conciencia de sus propios súbditos, velando sólo por ellas tan rigurosamente, fuera, aunque cierta siempre, algo menos presurosa nuestra decadencia [92].

Felipe II y la razón de Estado absolutista

Felipe II, quien siguió los consejos de su padre, aplicó estos principios estatales con más constancia, y fue durante su reinado que la Inquisición se convirtió en verdadero instrumento de gobierno, y cuando la idea de la Monarquía universal de Carlos V, pasó de ser sólo una idea a materializarse [93]. Una concepción de Estado en la que estaban mezcladas la potestad civil con la eclesiástica, condujo inevitablemente a la intolerancia, a la Monarquía universal [46] y, como consecuencia, a la ruina. Sin embargo, en vez de condenarla, Cánovas proponía evaluar esta idea del Estado dentro de su contexto histórico y, como en la *Historia de la decadencia*, comparaba el absolutismo de Felipe II con el María Tudor, los príncipes protestantes, Enrique VIII y su hija Isabel. De lo que se trataba, finalmente, era de la construcción del Estado, algo que Felipe II hizo con más éxito que otros soberanos europeos, lo cual significaba también que los problemas inherentes a esta concepción, arraigaron más en España [95]. Mediante una comparación entre Carlos V y Felipe II, explicaba que mientras el recuerdo del Emperador era mayor y despertaba más simpatía, la importancia de su hijo era que gobernaba como un monarca moderno, que como hombre de negocios o de gabinete no conocía rival en la historia [96]. Con Carlos V terminó la Edad Media, y con Felipe II se inició la Edad Moderna, pues él encarnaba el nuevo “sistema social”, él construyó el Estado absolutista, ahora contemplado por Cánovas como antecedente del Estado moderno.

La Corte de Felipe II, representaba para Cánovas principalmente el ámbito personal del rey, que expresaba el nuevo estilo de vida de Felipe II, ajustado a la concepción moderna de un gobierno absolutista y, lo que importa, burocrático, en el que el papel de los grandes había perdido su sentido:

En cambio se le vio siempre, conformándose en esto con su opinión la de su secretario Antonio Pérez, mantener a buena distancia los grandes del reino, demasiado semejantes a príncipes en el siglo anterior, para que no pudieran familiarizarse también con él, prefiriendo a la compañía de éstos la de sus bufones, que le divertían sin riesgo y obligarle a hablar. Porque es de advertir que el mayor y más constante de sus placeres, después de largas horas de trabajo, puesta la frente en una mano, y en otra la pluma, eran la quietud y el silencio, mientras otros se agitaban o procuraban distraerle. Los grandes, así desairados, se retiraron a vivir como pequeños monarcas en sus Estados, como hizo en Guadalajara el del Infantado; o como Villafranca, Santa Cruz, y el mismo Alba sirvieron, por lo común, fuera de la corte; dejando a los legistas de los Consejos, entonces reorganizados y acrecentados, o a los hombres de fortuna como Ruy Gómez y Antonio Pérez, que ayudasen de cerca en el gobierno a su receloso señor [97].

Cánovas sostenía que Felipe II siempre había mantenido una posición de neutralidad frente a los partidos, y matizaba mucho la idea de que la lucha entre éstos fuera decisiva para los cambios de gobierno. La pugna no sería más que un embarazo ocasional. Concluía que el rey estaba siempre por encima, y supo servirse de los partidos para sus fines [98]. Por otra parte, la debilidad del carácter de Felipe II, le servía a Cánovas para hacer más humano al monarca:

Por lo demás, en el apartamiento sistemático que, no ya solo con los grandes, sino con todo el mundo observaba en Felipe II debía de entrar por mucho la debilidad de su carácter. Aquel hombre tan inflexible de ideas y de lejos, no sabía ser áspero nunca de cerca. Por eso prefirió siempre mantener cierta especie de neutralidad entre los partidos cortesanos, que acaudillaron durante su reinado el príncipe de Éboli y el duque de Alba, a decidirse de todo punto por cualquiera de ellos. Su voluntad era decisiva, irresistible en todo caso, y más quería, no obstante, tolerar aquella oposición, que embarazaba a veces su política, que no abrazar uno de los dos partidos por completo. Ellos entre sí se desgarraban en pequeñas contiendas, y él se prevalía de sus miserias mismas para estar más al tanto de todo, y guiarlos más dulcemente hacia los fines que se proponía [99].

La descripción que Cánovas hacía de las relaciones de Felipe II con el cardenal Granvela, el duque de Alba, Ruy Gómez de Silva, Antonio Pérez, Juan de Idiáquez y Cristóbal de Moura, tiene como objetivo señalar la amabilidad del rey. Concluía: “No puede, pues, negársele el título de buen amigo a Felipe II”. A continuación Cánovas se proponía hacer un balance, una evaluación “imparcial”, de la política de Felipe II, según los criterios de la razón de Estado [100]. Ésta servía en ocasiones de excusa a los soberanos para tomar decisiones difícilmente justificables. Era una práctica muy extendida, tanto en los tiempos de Felipe II, como posteriormente, hasta en el propio siglo XIX, y para nada típica del monarca español. El uso que Cánovas hace del concepto en su explicación de la práctica política de Felipe II, se nota en su evaluación de las medidas tomadas por éste en Portugal:

Sin embargo, ni Portugal quedó sujeto por lazos bastantes, ni de buena voluntad reunido a España entonces, y la casa de Braganza, a la cual dejó el ponderado maquiavelismo de Felipe II residir en Portugal, poderosa y libre, no renunció de verdad nunca a sus pretensiones, disimulándolas únicamente hasta hallar ocasión oportuna en que satisfacerlas. Felipe II fue, pues, en Portugal lo que en todas partes, cuando se trataba únicamente de política: hartamente moderado en su triunfo para dejarlo seguro [101].

Cánovas usaba el término “maquiavelismo” para referirse a la razón de Estado, tal como era concebida en la época de Felipe II. En relación a la política en Portugal, consideraba que Felipe II la había aplicado con demasiada moderación, opinión que desarrollaría en los *Estudios*. Sin embargo, escribiendo sobre el asesinato de Guillermo de Orange, de Escobedo y la ejecución

de Montigny, concluía que esto provenía “de la negra mano de su siglo: la triste práctica del ideal monárquico que había engendrado como un progreso la anarquía feudal de la Edad Media, y que estaban, a la sazón, vistiendo con falsas galas científicas los lógicos del *Renacimiento*, comenzando por tomar ejemplos del régimen más tiránico que hasta aquí haya conocido la tierra: es, a saber, el de los Cesares romanos” [102]. Opinaba, pues, que esta práctica era una versión perversa de la razón de Estado. Aunque justificable dentro del contexto de la época era criticable por la manera en la que ésta se aplicaba en aquellos tiempos: con ejecuciones y asesinatos. Esta misma concepción se puede apreciar en su valoración del proceso contra Antonio Pérez y la prisión y muerte del príncipe Carlos, que constituían los sucesos “más siniestros del reinado de Felipe II”. Con respecto a la muerte de Don Carlos, Cánovas le exime de la imputación del asesinato. Ciertamente, a Felipe II no le faltaba frialdad para hacer los sacrificios más difíciles:

La opinión del autor de este trabajo es, en el ínterin, ya que no puede excusarse de darla en tan grave asunto, que la falsa idea que Felipe II tenía de sus deberes temporales y espirituales era tal y como la expuso él mismo al herético D. Carlos de Sessa, en el auto de fe de Valladolid, diciéndole que no titubearía en llevar leña al fuego para su propio hijo se le hallase en culpa semejante y que, por lo mismo, tratándose de salvar o perder la causa que con tamaño empeño defendía, era capaz de condenar, en efecto, a muerte a D. Carlos, a haberle juzgado verdadero reo de traición o herejía [103].

Sin embargo, de esto no se podía deducir que deseara la muerte de su hijo. Lo que caracterizaba a Felipe II era la renuncia a sus sentimientos personales, que ciertamente tenía, y justamente por esta razón era tan grande el sacrificio que le suponía asumir su responsabilidad como hombre de Estado:

Lo malo que hubo aquí, cual siempre, en Felipe II, fue además de su frialdad de alma, cierta inclinación a mostrarse todavía más firme y duro que era, con el fin de mantener el respeto y hasta el espanto que llegó a inspirar su persona, y que él consideraba indispensable para su autoridad. Negarse tenazmente a ver a su hijo, sino de lejos, cuando más, y sin que él lo advirtiese, y llorarle a solas luego, de modo que únicamente lo supiera de cierto su confidente Antonio Pérez [104], era lo propio del carácter singular de aquel monarca. El embajador francés Forquevaux, que, al referir la muerte de la reina Isabel a su corte, le calificaba de *buen marido*, notó, sin embargo, que a las tiernísimas palabras con que se despedía de él la joven princesa respondió siempre con fría constancia, como si creyese que no estaba su fin tan cerca. Otro tanto es sabido que afectaba creer respecto del fin de su hijo. Y es que aquel grande espíritu, por entero consagrado al poder y a la dominación, rehusaba, hasta que más no podía, rendirse a los afectos humanos; y aun no se rendía a ellos sino contra su voluntad manifiesta. Su disimulo era la clave de un sistema completo de conducta [105].

De esta manera, Cánovas dramatizaba la contradicción que existía, según el ideal monárquico, entre el hombre y el estadista. Por su

gran sentido de la responsabilidad, estaba dispuesto a sacrificar a su propio hijo; sin embargo, su humanidad le salvaba del lado perverso de una política rigurosamente basada en la razón de Estado. Esto, finalmente, explicaba su “disimulo” [106], una conducta que comprendía Cánovas desde la contradicción entre las exigencias del estadista y el ser humano, entre lo que Felipe II entendía por el interés general y el personal, entre lo público y lo privado. Felipe II mantenía esta separación hasta sus últimas consecuencias. El rey se mostraba también moderado respecto a Antonio Pérez, que para Cánovas era un cortesano y, en este sentido, encarnaba valores que eran opuestos a los de Felipe II:

Discípulo y criatura de Ruy Gómez de Silva, tuvo este famoso ministro más de intrigante y cortesano que no de gran político, siendo su carácter no menos oscuro que su estilo, mezcla singular de frivolidad y sabiduría, de arrogancia y flaqueza. Este sujeto, que tanto ha dado que hablar al mundo, y que tan traidor fue, al fin, a su patria, llegó a representarle como indispensable a Felipe la muerte del secretario de D. Juan, que, con cierta comisión de su señor, se hallaba en Madrid por entonces, y, después de sus acostumbradas vacilaciones, autorizóle el soberano, al fin, para que la hiciese ejecutar de cualquier modo. Fue, pues, en virtud de esto y no sin varias tentativas inútiles y odiosísimas, asesinado Escovedo junto al muro de la derruida iglesia de Santa María de la Almudena, en Madrid, pasando por venganza particular en la apariencia [107].

Fue, pues, un cortesano, el que con falsos argumentos convenció a Felipe II de tomar esta medida tan drástica, en función de la razón de Estado. Años más tarde, cuando Pérez resultó ser el verdadero traidor, fue Felipe II quien se vio implicado en un asunto de Estado en el que estaban muy presentes motivos personales:

No tardaron, en tanto, los muchos altos enemigos que Antonio Pérez tenía, en sospechar que de él procediese la misteriosa muerte de Escovedo. Fue todo uno sospechar esto, y atribuirlo, no a razones políticas, sino al deseo de quitar de en medio a aquel hombre sagaz porque no revelare el secreto que había descubierto de estar en amorosas relaciones el dicho Pérez con la viuda de Éboli, Doña Ana de Mendoza de la Cerda, ya citada. Llegó al cabo a noticia del rey este rumor con pruebas bastantes para darle crédito; juzgóse engañado y aparentemente lo estaba en los dos primeros conceptos como amante, amigo y juez; y, lleno de oculta ira, mandó prender con pretextos frívolos, por julio de 1579, a la princesa y a Pérez. Contentóse, en suma, con humillar a la primera, teniendo la guardada en Pinto hasta 1581, que la permitió retirarse a su villa de Pastrana; pero, en cuanto a Antonio Pérez, después de tenerle preso cinco años, sin causa aparente, permitió que comenzara a formarse un proceso de cohecho y otro luego y más riguroso todavía, para averiguar el motivo de la muerte de Escovedo [108].

Cánovas insistía en los motivos personales de Felipe II: “Y a lo largo de la persecución mostró bien, en el ínterin, el rencor que el rey le tenía dando a sospechar de sobra la pasión particular que en aquel caso le estimulaba”. Finalmente,

escribió: “Que Perez fuese ingrato y traidor al rey, parece, pues, muy probable, pero no por eso era menos innoble, dada la índole del motivo, la saña implacable de Felipe II”. A pesar de sus sentimientos, sin embargo, Felipe II no usó el argumento de la razón de Estado como excusa para ejecutar a su antiguo secretario, teniendo en cuenta “lo mucho que había de personal en la causa” [109]. Cánovas, pues, distinguía entre el ámbito personal, y el ámbito del Estado, para poder retratar Felipe II como un estadista con gran sentido de responsabilidad quien, con un esfuerzo sobrehumano, renunciaba a sus sentimientos. De esta manera, las relaciones personales perdían su sentido político en el estudio de Cánovas, y la Corte se convirtió en un ámbito privado.

Felipe II y la razón de Estado liberal

Nada hubo de cortesano en la actuación de Felipe II. Sin embargo, el criterio objetivo con el que evaluar a Felipe II, no era la razón de Estado, tal como ésta se entendía en su época. La explicación de su conducta con los criterios contemporáneos, le servía de exculpación, pero no mostraba lo que *verdaderamente* había aportado a la Nación. El problema fue que el concepto de Estado absolutista, el ideal de Felipe II, según Cánovas, era un concepto basado en supuestos erróneos: la mezcla de la potestad civil con la eclesiástica, y un sistema social de protección. No se podía juzgar objetivamente a un monarca con los criterios subjetivos de su época. La cuestión, según Cánovas, era averiguar cuál había sido *realmente* el saldo político de los Austrias mayores [110]. Los criterios manejados son los del Estado liberal, contemplado como una entidad gubernativa, organizada en instituciones, con un equilibrio presupuestario, que organiza las fuerzas armadas, e interviene en la sociedad para garantizar el equilibrio social, mediante la protección de la propiedad privada, y cuya función es fomentar la educación y el patriotismo, y estimular la creación de riqueza. La verdadera evaluación de la política de Felipe II, pues, se hacía según los criterios de la razón de Estado liberal. La exclusión de los grandes del gobierno, desde este punto de vista, parecía acertada [111]. El gobierno, compuesto por los “togados o golillas”, era ya comparable con el Estado liberal, incluido sus vicios burocráticos:

Llegó al más alto punto, en cambio, por entonces el poder de los togados o golillas, como, por desquite llamaban a los hombres de la ley, los señores. No dejó nunca de haber letrados en el mismo Consejo de Estado, principal de la monarquía por su autoridad, por presidirlo el rey y por entender en los negocios de paz y de guerra y en todas las negociaciones externas, pero cuya influencia no fue nunca en sustancia tan grande como la del Consejo real y Cámara de Castilla, donde sólo entraban ya togados, con su gobernador o presidente, y a cuyo cargo corría el gobierno interior de la mayor parte de España, así como la provisión de innumerables empleos civiles y eclesiásticos. Equivalía el primero al actual Ministro de Estado; era para Castilla, el segundo, Ministro de Gobernación, de Fomento y de Gracia y de Justicia, y con esto basta para comprender cual sería la superioridad de poder el de los togados que lo formaban. Togados compusieron también,

desde el principio, el Consejo de Aragón y el de las Indias, el de las Ordenes y gran parte del de la Guerra; sala de togados tuvo el de la Hacienda; juristas había igualmente en el Consejo de Italia y en el mismo de la Suprema Inquisición. La organización de estos cuerpos, consultivos y activos a un tiempo, con carácter más bien jurídico que político, a los cuales estuvo fiada la administración de la monarquía durante dos siglos, fue poderosamente iniciada por Carlos V, con la base del Consejo del Rey que dejaron los Reyes Católicos y perfeccionado por Felipe II. Lentos, rutinarios y apegados a los textos y prácticas legales, no es esta ocasión de exponer todo el inmenso influjo que tuvieron en la administración y gobierno de España durante la casa de Austria; pero sí debemos consignar que a ellos se debieron especialmente la parsimonia, la lentitud, el grande espíritu conservador y tradicionalista que distingue la acción del poder en España desde el primer tercio del siglo decimosexto hasta los últimos años del siguiente [112].

La “burguesía” tenía una relación excelente con el rey. Lejos de verse oprimida por el poder absolutista, según interpretaban los historiadores románticos, la burguesía, y la nobleza empobrecida, eran favorables a sus principios, pues de esta manera podía limitarse los privilegios de la alta nobleza y la Iglesia. En este sentido, los principios absolutistas favorecieron la formación del Estado moderno: gracias al poder real se impusieron las leyes desarrolladas por los letrados frente a los privilegios de la aristocracia y la Iglesia [113]. Después de haber analizado el estado del ejército y de la marina, describía la riqueza interna, concediendo atención a la población, al estado de la industria y al comercio. Interpretaba las relaciones topográficas hechas para Felipe II, con la descripción de los territorios de la Casa de Austria, como un invento moderno, un censo que precedía a las estadísticas que contabilizan los recursos del Estado [114].

A continuación, repasaba los aspectos menos gloriosos del reinado de Felipe II. El análisis del estado de la población, en retroceso, y de la economía, que ya empezaba a decaer, es poco alentador. El desarreglo económico era atribuido principalmente a la política ambiciosa de Carlos V y Felipe II, por la creciente carga de los tributos, mal distribuido entre la población por la mala situación social. Como consecuencia, el estado de la Hacienda era desastroso. Siguiendo los criterios “objetivos” de Cánovas, Felipe II acertó en la construcción del Estado absolutista, en cuanto éste se podía considerar antecedente del Estado moderno. Su principal fallo, sin embargo, fue su ambiciosa política exterior, consecuencia de la confusión entre la política y la religión. Esta conclusión muestra nuevamente cuáles eran para Cánovas los criterios de objetividad: los de la “razón del Estado liberal”. El Estado absolutista de Felipe II, según estas pautas basado en el supuesto erróneo de la “protección”, tenía como consecuencia determinados males que se podían precisar objetivamente. La mayor represión religiosa a través de la Inquisición durante el reinado de Felipe II, fue también consecuencia de la concepción del Estado de los tiempos del rey. La institución se convirtió en un instrumento político y, como consecuencia, desarrolló una mayor actividad según avanzaba la formación del Estado.

Esto, por otra parte, era explicable en una sociedad en la que lo religioso y lo político estaban mezclados [115]. La decadencia del saber, era una consecuencia no prevista de la opresión de la Inquisición, que a su vez, era el resultado de la firme creencia de Felipe II en el sistema de protección:

No quería más, sin duda alguna, que mantener la unidad de doctrina en la ciencia de las ciencias, que es la de Dios; no defendía aquella doctrina, en su unidad, sino porque con toda sinceridad la tenía como única cierta; no pretendía otra cosa, con sus inquisidores, que amparar el saber verdadero, y castigar el falso; pero en este discernimiento, para todo gobierno y todo tribunal imposible, lo que aconteció a la larga fue que toda especie de saber sucumbió [116].

A pesar de que el sistema político se caracterizaba por los males enunciados del sistema de protección, Cánovas destacaba que en estos tiempos surgiría una evolución del pensamiento en el derecho público que había de resultar en la separación de las competencias del poder real y de la potestad pontificia.

Pero es sobre todo notable y digna de atención la importancia que llegó a alcanzar por entonces el derecho público en lo tocante al origen de las sociedades humanas, al principio y formación del poder público, a los derechos y deberes de los gobiernos para con los gobernados, a la índole y distinción de las grandes potestades de la época, la regia y la pontificia. Tenía aquella sociedad española un doble ideal social: la unidad del poder y la unidad de la doctrina religiosa. La alianza o la discordia de estos dos ideales, y las relaciones continuas de las potestades que los representaban, obligaba, como nunca, a estudiarlos [117].

Este proceso instintivo revela la fe de Cánovas en el progreso de la historia, que se expresaba en la formación del Estado hasta convertirse en moderno y liberal. El inicio de esta evolución lo situaba en la pugna entre el poder imperial y el papal [118]. Cánovas reconocía que la interferencia de los príncipes en la política religiosa no sólo reflejaba las preocupaciones espirituales, sino que detrás de éstas también existían intereses políticos. También en el caso de Felipe II, aunque no se le podía acusar de actuar según una perversa razón de Estado [119]. La actuación de Felipe II, pues, recibía su explicación a través de su convicción sincera. Estaba realmente convencido de cumplir su papel como monarca, y su fanatismo en la religión católica era genuino. Con todo, ya en su tiempo se iban aclarando los límites del poder civil y eclesiástico. A partir de allí, se desarrollaron las ideas sobre la relación entre sociedad y Estado, Iglesia y Estado, el principio de la libertad, la soberanía nacional:

Los doctores españoles, juristas y teólogos, desde Palacios Rubios en adelante, examinaron hondamente las gravísimas cuestiones de principio que ofrecía la conjunción, en una época dada, de aquellos dos distintos ideales, el monárquico o civil y el pontificio o eclesiástico, procurando determinar los límites de ambas potestades, y

concertar las opuestas teorías que mantenían entre ellas perenne la discordia. Hicieronlo, en verdad, desde puntos de vista muy diferentes: como que al antecitado autor le fue encomendada la justificación de la conquista de Navarra, hecha mediante una bula de exoneración expedida por el Papa; mientras que a Melchor Cano, por ejemplo, lo que se le sometió fue la cuestión de saber hasta qué punto el rey temporal podía corregir los desmanes de los Pontífices con las armas. Difícil era sobre tales y tan opuestos precedentes fundar una verdadera y única doctrina; pero, al cabo, durante el *siglo de oro* de nuestra literatura, predominó en España la de la escuela político-religiosa ya mencionada, cuyos principales representantes fueron ciertamente el sabio Francisco Vitoria, maestro de Melchor Cano; el insigne dominico Domingo de Soto; el jesuita Francisco Suárez, llamado el Doctor Eximio. Todos estos autores sostuvieron la recíproca y armónica independencia de las dos potestades, espiritual y temporal: el origen divino del pontificado en la institución y en la persona: el origen también divino y providencial de las sociedades humanas, y el de la primaria constitución del poder; mas no el de las dinastías o los reyes, reconociendo, a la par de este último, la libertad natural de los hombres, no sólo para seguir la religión verdadera, sino para escoger la forma de gobierno por que han de regirse, y las personas que deben dirigirlos. Y excitados por el calor de la controversia, o por la tiranía de los protestantes contra la conciencia de los católicos, los jesuitas, nacidos de lo más íntimo del espíritu español entonces (y a pesar de la viva oposición que hallaron, muy influyentes ya, desde Felipe II en adelante) no solamente comenzaron a enseñar el principio de la *soberanía nacional*, sino aun la teoría de la insurrección legítima; llegando hasta a excusar el regicidio en ciertos casos. Surgió así un liberalismo exagerado y a deshora, de la lucha misma de la potestad regia y pontificia, y del doble ideal de la época. Mas no puede negarse que fuese aquella con sus más o menos claras inconsecuencias, sus exageraciones y todo, una grande escuela científica. Ella echó con Alfonso de Castro los cimientos de la ciencia del derecho penal, y la del derecho de gentes con Francisco Vitoria y Baltasar de Ayala. Ella dio de sí innumerables tratados de derecho político, entre los cuales se cuentan muchos dignísimos de estima aún hoy en día, conforme ha demostrado en otra ocasión el autor de este artículo. Ella será, cuando profundamente llegue a estudiarse y conocerse del todo, el timbre mayor quizá del reinado de Felipe II; y uno de los mejores, sino el más celebrado fruto, del talento español hasta ahora [120].

La Inquisición, sostenía Cánovas, no se ocupaba de estos autores, porque sus obras en latín no estaban al alcance del gran público, y “por el género de personas que los escribían y los propósitos inmediatos a que los dedicaban”. El “liberalismo doctrinario” de Felipe II, por otra parte, no permitía la idea de que los reyes fueran dueños absolutos de las “vidas y haciendas” de sus vasallos, ni se defendía en España la idea de que el monarca tuviera jurisdicción sobre la conciencia. La Inquisición todavía no estaba realizando su labor sofocante. Sólo en el siglo XVII empezaron a manifestarse verdaderamente las consecuencias del “riguroso sistema de protección”, iniciado por Carlos V y Felipe II. En suma, la idea del Estado de Felipe II estaba basada en supuestos erróneos, algo que quedaba patente comparándolos con la objetividad de los principios del Estado liberal. Sin embargo, no se le podía recriminar haber actuado según una perversa razón de Estado. Felipe II estaba sinceramente convencido de que actuaba en pos del interés general, y se caracterizaba por su

rigurosa renuncia a sus sentimientos personales. En este sentido, era un verdadero hombre de Estado. Ahora bien, el análisis de Cánovas, permite pensar en dos escenarios para el futuro de la Monarquía. Escribía que ya se avecinaba la decadencia. No obstante, también esbozaba el inicio de una evolución en el pensamiento en el siglo XVI que conduciría a modernas concepciones sobre el Estado y la sociedad, basadas en la libertad del individuo. Asimismo, enfatizaba la moderación de las ideas absolutistas de Felipe II. Dibujando la situación así, cabría pensar que los principios absolutistas eran corregibles, y que sería posible avanzar en la formación del Estado moderno. El motivo por el cual la decadencia finalmente definió la historia de España se tenía que buscar, pues, principalmente en los gobiernos de sus sucesores. Fue durante éstos, como ya había explicado en *Historia de la decadencia*, que se impuso la práctica política cortesana, que Cánovas entendía en el contexto de la corrupción y la ruina del Estado.

La política de Estado en manos cortesanas: el régimen de Olivares

No obstante, en el Bosquejo, emitía un juicio algo más matizado respecto a Olivares, sosteniendo que, como gobernador, no existía una alternativa a su persona. Esto tenía como causa que el principio del gobierno absolutista, la transmisión de la tradición y la experiencia del rey a su hijo, había quedado en desuso, desde que los monarcas dejaron de esforzarse por enseñar a sus hijos los asuntos de Estado. Olivares, de todos los ambiciosos, era “el más inteligente, el más trabajador, el más honrado, el de más buena fe”. Consiguio que hubiera más unidad en el mando, desde que durante el reinado de Felipe III “las provincias, principalmente las lejanas, se gobernaron solas, según el capricho o la condición de sus virreyes”. Por otra parte, tampoco se le podía recriminar por los males que no había causado, como la existencia de los fueros, el establecimiento del Santo Oficio, la desaparición de las industrias ocurridas durante el reinado de Felipe III, etc. Con todo, seguía obrando como un cortesano. Después de haber eliminado a sus competidores en la lucha por el favor del rey, formó su propia facción:

No se contentó naturalmente Olivares con rebajar a los contrarios, sino que elevó al mismo tiempo a otros, procurando hacerse también clientela. Alzó los destierros a personas importantes que los padecían por su oposición al gobierno pasado, y devolvió plazas y dignidades que se tenían por mal quitadas: siendo entonces cuando, entre otros, volvieron a la corte Villamediana y Quevedo, famoso ya este último por sus obras y su amistad con Osuna [122].

A continuación, Cánovas evaluaba el programa político de Olivares. Lo hacía mediante la crónica de Bernabé de Vivanco, quien, señalaba, era contrario a la política de Olivares. La fuente, pues, era subjetiva. Sin embargo, para Cánovas

importaba evaluar las propuestas políticas de aquellos tiempos según los objetivos criterios de la política de Estado liberal. Según éstos, el programa difícilmente se podía considerar una muestra de seriedad. Era hipócrita, no más que una excusa para lograr la privanza. Esto ni siquiera parecía un problema para Vivanco, quien se preocupaba del cambio en la política de mercedes [123] que propuso Olivares, testificando, de esta manera, la “estrechez” del sentido político de aquellos tiempos [124]. Hubo, sin embargo, una cuestión política que Olivares supo valorar según su importancia, la unidad de España. Sin embargo, poco pudo hacer para llevar su idea a la práctica. La monarquía no estaba fundada sobre este principio, no era un verdadero Estado, y en los tiempos de Olivares ya poco se podía hacer para corregir la situación. Esto aclaraba las rebeliones de Cataluña y de Portugal. Felipe II, en esto, no estaba exento de culpa. Esta idea la desarrolla Cánovas en sus *Estudios*, y dio lugar a una rehabilitación del privado. Sin embargo, en la valoración final del *Bosquejo*, que pretendía ser matizada, Olivares era todavía antes cortesano que político. Podía ser más o menos honrado, pero la verdadera política, según la concepción de Cánovas, la que no estaba basada en las relaciones personales, no existía en la Corte:

Más crédito merece seguramente el cargo de que protegí con exceso a sus deudos. Recordábase con fundamento, que sólo había dado altos puestos a D. Baltasar de Zúñiga, su tío; a su primo D. Diego Felipe de Guzmán, marqués de Leganés, en el cual, cuando le tenía al lado, descargaba una parte de los negocios públicos, y a quien fió muchos mandos de ejércitos; o al conde de Monterrey su cuñado, que fue virrey de Nápoles lo mismo que el duque de Medina las Torres, su yerno. En el virreinato de Milán, se tropieza con Leganés, de nuevo, y lo mismo en Cataluña; así como en el generalato de la frontera de Portugal se encuentra otra vez a Monterrey; y aun se dice que su hijo el bastardo D. Enrique, mozo disoluto y sin autoridad ni talentos estuvo para ocupar la presidencia del Consejo de Indias. Siendo el conde-duque Guzmán y su mujer Zúñiga, Zúñigas y Guzmanes se ven siempre en los más altos empleos, exceptuando algún Velasco, por ser su abuelo materno de aquella casa, y tener casado en ella a su bastardo. Ni aun su sucesor en el ministerio, D. Luis de Haro, hubiera llegado a aquel puesto sin ser sobrino suyo, porque a eso sólo debió la entrada en la corte, y la amistad del rey. Esto era, sin embargo, consecuencia legítima de la política personal de la época. Tampoco se escaseó a sí mismo Olivares los empleos y dignidades que le daban a un tiempo importancia y provecho. Pero en suma: nada de cuanto de él se sabe, desmiente la opinión de los embajadores venecianos de que era un buen caballero, aunque no fuese un buen político [126].

ESTUDIOS DEL REINADO DE FELIPE IV

En sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, Cánovas cambió su veredicto sobre Olivares y, con ironía, escribía: “Ningún punto de la historia de España parece tan averiguado como que únicamente la ociosidad, la ignorancia, el afán de goces de Felipe IV, juntamente con la ineptitud y tiranía de Olivares, su principal Ministro, fueron las causas del levantamiento de Portugal en 1640” [127]. También se incluía a sí mismo, como ya había

hecho en el *Bosquejo*, caracterizando su *Historia de la decadencia* como una obra juvenil. Esta autocrítica se ha tomado como muestra del cambio que experimentó la obra histórica de Cánovas. Sin embargo, insistía en su intento de descubrir los orígenes de la política de Estado en la historia española. Justamente, esto era lo que le llevaba a cambiar su opinión sobre Olivares, que ahora, en vez de ser retratado como cortesano, es estudiado como un estadista.

Casa y Estado: la blandura de la política estatal de Felipe II

En sus *Estudios* Cánovas apenas cambiaba su opinión expresada en sus obras anteriores sobre la política de Felipe II después de la “anexión” de Portugal, aunque lo desarrollaba más. Empezaba sus “Textos y reflexiones acerca de la separación de Portugal” con el veredicto que dio el cronista Alessandro Brandano en su *Historia delle guerre di Portogallo* (1689) sobre la bondadosa actitud de Felipe II frente a la duquesa de Braganza, a pesar de haber recibido un desdeñoso rechazo a su propuesta de contraer matrimonio. Resaltando en cursivas lo que le parecía más llamativo, citaba:

No se ofendió tampoco el rey de la amarga y punzante negativa que recibió de la Duquesa, antes bien procuró todavía quedar bien con ella, empeñando su palabra Real de que protegería y engrandecería siempre su casa; lo cual cumplió después religiosamente: hecho éste que, bien que dictado por cristianos y piadosos sentimientos, desde entonces fue reprobado con rigurosa censura por la gente de menos escrupulosa conciencia; siendo, con efecto, para sus sucesores con el transcurso del tiempo, de consecuencias perniciosísimas, pues toda humana razón de Estado requería que totalmente se desarraigase de aquel reino una casa de tan desmesurado poder, y que con tantos fundamentos aspiraba a la Corona. Ni fueron menos condenadas las amplias concesiones contra la dignidad Real y el decoro de un Monarca tan grande que en las Cortes de Thomar otorgó Felipe II al Reino [128].

Brandano, según Cánovas, explicaba que las concesiones hechas en Tomar eran tan excesivas que:

habrían rebajado, estrictamente cumplidas, el poder Real hasta el punto de dejarlo reducido al nombre y la apariencia, sin verdadera sustancia; como se comprometió, entre otras cosas, Felipe II a excluir a todos los que no fueron portugueses de las dignidades eclesiásticas, gobiernos civiles, ejército y fortalezas, sin poder confiar siquiera el virreinato sino a persona Real. Por todo lo cual, concluye el historiador [Brandano], que no debía esperar el rey Católico la conservación de aquel reino, ni más que insignificantes provechos mientras lo conservase; pues que, además de lo expuesto, consumía todas sus rentas el pago de las milicias, y de las escuadras, continuamente en el mar, para defensa y comodidad del comercio portugués, así como la sustentación de los funcionarios de la Real Casa de Lisboa, que se conservó asimismo como estaba [129].

Coincidiendo con Brandano, concluía que la política de Felipe II había sido un error [130]. Cánovas evaluaba de manera crítica la fuente que citaba. Explicaba que el autor era un “ardiente enemigo de España, que, si confesó la verdad, no hubo de confesarla sino a pesar suyo, pretendió que generosidad tamaña se explicaba tan sólo suponiendo el oculto propósito en Felipe II de no cumplir nada de lo prometido”. Este comentario, sin embargo, no afectaba a la credibilidad del autor al presentar como un error de Felipe II su decisión de mantener la Casa real y la de Braganza. Así pues, basándose en una fuente contemporánea, podía establecer de manera objetiva su veredicto: Felipe II no había seguido la razón de Estado, tal como decía Brandano. Cánovas, sin embargo, entendía el concepto razón de Estado desde su definición decimonónica. Destacaba que Felipe II había actuado con excesiva blandura, al conceder importantes privilegios a los portugueses. No había sido “prudente”, porque después de una anexión era menester actuar con dureza si fuera necesario, tal como mostraban las anexiones llevadas a cabo en el siglo de Cánovas. Sólo así se podía consolidar un Estado a partir de distintos territorios [131]. ¿Por qué pues, Felipe II actuó de esta manera? Cánovas lo achacaba al carácter de Felipe II. Criticaba la ingenuidad del rey, a la vez que matizaba la reputación de Felipe II como tirano, y aprovechaba el ejemplo histórico para tildar la actitud de ciertos parlamentarios como utópica. Felipe II, consideraba, había perdido la oportunidad de hacer las cosas mejor sin demasiado esfuerzo. Aunque no existió el deseo de unificación entre “pueblos confines y hermanos”, los portugueses tampoco sentían más rivalidad o antipatía hacia los castellanos, que los “catalanes, vizcaínos, navarros y aun aragoneses”. Ciertamente, argumentaba, las diferencias de idioma suelen dividir a los hombres en naciones distintas. Sin embargo, aparte de la semejanza del portugués con el castellano, éste fue practicado por los hombres cultos de Portugal, durante los siglos decimosexto y decimoséptimo. Tampoco había problemas en cuanto a las diferencias raciales entre los dos pueblos: “Y por supuesto que no vale la pena de ser refutada la singular especie de que españoles y portugueses no pertenecen á la misma raza, porque es evidente que somos todavía más unos, que muchos de los italianos ó alemanes que están reunidos en actualidad”. Cánovas concluía que la unión estaba al alcance [133]. Consideraba la confianza del rey, que dejó “las riendas del gobierno tan por el suelo”, “imprevisora y antipolítica”. Desde luego, su deseo de unidad nacional debía de ser más grande que el de sus pueblos y, por lo tanto, tendría que haber actuado en consecuencia. Cánovas recurría nuevamente al contexto actual, refiriendo a lo ocurrido en Alemania, que parecía establecer la norma en cuanto a la política estatal [134].

No se trataba de una valoración de la política alemana desde el punto de vista de justicia, sino de percatarse de las leyes de una política estatal, los principios superiores, que imponen una actuación rigurosa. Teniendo en cuenta los fundamentos de la razón de Estado expresados por Ranke, quien sostenía que el secreto de la verdadera política

estaba en la contemplación de los Estados poderosos, que han materializado con éxito su espíritu, esto no se debe valorar como una comparación que choca por su “presentismo”. Para Cánovas, se trataba de principios supremos, universales y eternos, que, en consecuencia, regían igualmente para Alemania como para Felipe II. El monarca español debería haber erradicado la Casa de Braganza de Portugal. No sólo se trataba del interés del Monarca sino del interés general, el del Estado, pues lo que estaba en juego era la unión de Castilla y Portugal, la unión de la Nación. Es dentro de este contexto que Cánovas criticaba la decisión de Felipe II de mantener intacta la casa real en Portugal:

...siendo de personas Reales los respetos de que gozaban; existiendo la arraigada creencia en la mayoría del pueblo de Portugal de que poseían ellos el mejor derecho á la Corona; contando con el apetito de Monarca propio que allí se experimentaba constantemente, excitado por el hecho de seguir viendo una servidumbre y una casa Real ociosa y vacía, nadie podrá dudar que el proclamarse de hecho y de derecho Monarca un Braganza, era sólo cuestión de oportunidad y de tiempo. ¿Cabe tras esto decir que hubiese realizado Felipe II una verdadera incorporación de la Monarquía portuguesa á la de Castilla? [135]

La permanencia de la casa real, según Cánovas, sólo podía mantener viva la esperanza del regreso de un rey portugués, y así nunca podría solidificarse la relación con España, ni surgir un sentimiento que con el tiempo pudiese convertirse en un patriotismo español. El rey sólo quería halagar, y hacerse querido, sostenía, algo que un estadista nunca puede hacer. Implícitamente, se refería al ideal de comportamiento desarrollado dentro de la ideología estatalista, según la cual los hombres de Estado tienen que actuar de manera fría y racional, no dejando interferir su labor por emociones [136], siempre con la mente puesto en el objetivo final: la unificación del Estado-nación. La política cortesana, de esta manera, se convertía para Cánovas en un factor explicativo de la separación de Portugal y con esto, del fracaso del Estado-nación unificado que era, a su vez, la causa de la decadencia de España [137].

Lo que estaba claro es que la decisión de Felipe II de conservar la casa real portuguesa no tuvo un éxito duradero, algo que se hizo evidente en tiempos de Felipe III. El modelo de la integración de las élites a través de la conservación de las distintas casas reales hizo crisis y, en consecuencia, se sometió a una crítica, lo que se expresó a principios del gobierno de Felipe IV en las propuestas de Olivares. Cánovas lo reflejaba, pero evaluaba la crítica del valido dentro de una concepción estatalista. Se basaba en una memoria, supuestamente suya, titulada *Papeles que ha dado a Su Majestad el Conde-Duque, Gran Canciller, sobre diferentes materias del gobierno de España y sus agregados* que, según Cánovas, estaba llena de sagaces observaciones políticas. Citaba un largo fragmento para demostrarlo, del que reflejamos una parte [138], poniendo en cursivas los fragmentos que le parecían más llamativas:

“La razón de haber descaecido, atribuyen ellos a la falta de los ojos de sus reyes naturales, y a esta misma causa todos los daños que padece su gobierno. No hay duda de que en lo primero deben de tener razón, siendo imposible que no desaliente infinito la falta de asistencia Real. Y así tuviera por convenientísimo para muchas cosas el asistir V. M. en aquellos reinos por algún tiempo, no solo para el remedio de estos daños, sino para la conveniencia mayor que pueden tener los negocios públicos que miran a la conservación y aumento de lo principal de la Monarquía. En el segundo daño del gobierno, que ellos consideran también por este mismo accidente, es cierto que no se lo negaré yo, pues sabe V. M. que he reconocido y representádole inconvenientes para el gobierno de la corte misma donde V. M. asiste, de la falta de su atención personal [Cánovas anotaba al respecto: “Es de notar que esta *repreñión*, que osada repreñión era, al rey, se encuentra en varios escritos del Conde-Duque], con lo cual no me parece posible dejar de ser la ocasión mayor del mal gobierno, de que hoy se muestran lastimados. Y así me parece muy del servicio de V. M. que estos vasallos vivan con esperanza que V. M. les dé de que asistirá con su corte en Lisboa por algún tiempo continuado y de asiento. También juzgo por de obligación y conveniencia de V. M. ocupar a los de aquel reino en algunos ministerios de éste, y muy particularmente en embajadas y virreinos, presidencias de la corte y alguna parte de los oficios de su Real Casa. Y esto mismo tengo por conveniente hacer con los aragoneses, flamencos e italianos, de que hablaré en las partes que les toca más particularmente, *anteponiendo y representando a V. M. con viva instancia, que es esto la cosa que más conviene ejecutar; para la seguridad, establecimiento, perpetuidad y aumento de lo general de esta Monarquía. El medio solo de unirlos es la mezcla de estos vasallos que se reputan por extranjeros*, admitiéndolos a todas las dignidades dichas. Y me atrevería a hacer demostración a cualquiera de cuán vanas son las instancias que se pueden hacer contra esto, porque sabe Dios que, habiendo pensado mucho en los inconvenientes que padece y pueden destruir esta Monarquía, no hallo mayor reparo que esta unión por estos medios; y, si yerro en ellos, es bien cierto que es error de entendimiento. (...) Concluyo este papel, con que en los reinos de Portugal conviene lo que he representado a V. M., e igualmente el poner remedio en los *crisianos nuevos de aquel reino*, como V. M. lo va tratando, con todo lo demás que se ofrece que remediar en el gobierno, y en la hacienda muy particularmente, porque en lo uno y en lo otro es grande el desorden, la libertad, codicia y ambición de los Ministros, y la poca obediencia a las Reales órdenes de V. M., daño que, si no se repara, *los causará irreparables*. Con las personas que he dicho, que despuntan de las otras, conviene tener cuidado y atención muy particular, procurando que en nada se adelanten de como hoy están, mientras no fuere posible emparejarlas con las otras. El corazón de los portugueses es fiel esencialmente, y el descontento que muestran es de puro amor a sus reyes [Cánovas anotaba: Quiere indudablemente decir esto a la Monarquía o a los reyes en general, que no en particular a los reyes de España]. Son personas de espíritu, y de presunción tal, que los hace notados de menos cuerdos. Son vasallos dignos de gran estimación; pero *de alguna atención en el modo de gobernarlos*, fuera de lo general de la justicia y gobierno público.

Cánovas concluía: “De una materia se trata en esa Memoria, la unificación de España, (...), no cabe negar que los propósitos del Conde eran por extremo justos y benévolos hacia los portugueses”. Lo que refleja el texto en realidad es la crisis del modelo de Felipe II de gobernar a través de la Casa real portuguesa. El fracaso, justamente, se expresaba en el despecho que sentían los

portugueses hacia el rey por su ausencia, un asunto “fuera de lo general de la justicia y gobierno público”. Es en este sentido que Olivares hablaba de la falta de atención, que no era una repreñión por un supuesto descuido de los asuntos estatales, como aparentemente [139] interpretaba Cánovas [140].

Sin embargo, insistía en la permisividad de Felipe II como causa de la separación. Comentaba que Olivares, en la *Memoria*, no se refería en ningún momento a la imprudencia de consentir la permanencia de la Casa de Braganza en el reino de Portugal, e infería que era por el respeto que tenía Felipe IV a su abuelo. Aunque la actitud de Olivares era muy optimista, Cánovas lo achacaba a la inexperiencia del conde como estadista y consideraba poco probable que el valido desconociera los errores del rey prudente. Para demostrarlo se refería a *Nicandro*, manuscrito que atribuye al conde o por lo menos a su inspiración, y en el que se criticaba a Felipe II por no haberse traído consigo al duque de Braganza.

De la revolución de Braganza y de Portugal, decía el escritor, dirigiéndose al rey, tuvo la culpa su abuelo de V. M., que debió, hallándose con ejército poderoso, y él en Portugal, traerse consigo al duque de Berganza; que nunca varones de tan alto linaje y con pretensiones de rey se han de dejar en provincias conquistadas y que fueron cabezas de imperio, y que por genio propio y aborrecimiento a castellanos desean restituirse a él. Podía excusar los puertos secos (*o sea aduanas interiores*) entre Portugal y Castilla, que más le conservaran de esta Monarquía, que doscientos mil ducados (*que eran sin duda lo que producían*) con que desarraigara el odio de unos y otros, facilitando el comercio, vínculo de la amistad de los Reinos. Debía dar a los caballeros portugueses virreinos, gobiernos en Castilla y regiones a ella sujetas, obispos, abadías a los eclesiásticos, y con esta proporción introducir castellanos en Portugal, y portugueses en las partes de Europa donde V. M. impera. Debía quitar la sombra de casa Real que dejó en Lisboa, porque, no viendo ellos este aparato, no se arrojarían a buscar alma a aquel cuerpo. El rey D. Fernando el Católico debió hacer lo mismo con Aragón y Cataluña; más él, que se injurió de que castellanos no quisiesen que los gobernasen, no puso en ejecución materia tan importante, que no la rehusarían en sus principios los Reinos, viendo los premios y honras que se adquirían en los demás; y ocupadas, ya con puestos, ya con esperanzas, las personas de talento, el pueblo, sin cabezas, no se atreviera a ningún desorden [141].

Los juicios de Cánovas respecto a la política de Felipe II, quedaban entonces confirmados en este documento de Olivares, quien establecía en el escrito su sabiduría como estadista, diciendo que la unión de la nación no era posible con la permanencia de la casa del duque de Braganza y la casa real en Portugal. Teniendo en cuenta que la consolidación de los Estados-nación era un proceso largo, no se debía tentar la fortuna facilitando las condiciones para una rebelión. Cánovas era de la opinión de que, ciertamente, la supresión de las aduanas interiores, la unidad de la moneda y la comunidad de intereses comerciales entre Portugal y el resto de la Península hubiese favorecido la unidad nacional. Que Olivares no lo hiciera, aventuraba, era porque

no era omnipotente, y en la “Hacienda pública” no tenía competencias. Aparte, se resistían las Cortes, cuyos procuradores por lo general estaban sobornados, y ponían trabas a todo. El Consejo de Hacienda, por otro lado, era “rutinario, lento, como los funcionarios muy ejercitados en este ramo suelen ser”. Finalmente, consideraba que era posible que a Olivares se le resistieran las cuestiones de Hacienda, “quizá por desconfianza de sí propio en materia tan extraña a sus antecedentes, quizá por repulsión instintiva que el pormenor de las cuestiones de esta índole le inspirase; cosas ambas que se han experimentado y se experimentan en buen número de los políticos de nuestra época”. Cánovas quien, de esta manera, equiparaba la burocracia del Estado-Nación con la corte de la Monarquía, sostenía, finalmente, que esto no era la clave de la cuestión, y concluía: “De todos modos, hubiera aún faltado que llevase Portugal en sus propios hombros con paciencia patriótica, si no con gusto, una parte de la enorme carga de Potencia preponderante que sobre sí debía llevar toda la nación junta en aquella época, y que se resignara a carecer de rey propio, hallándole en casa y tan a mano para cualquier descontento o cualquiera situación difícil, de esas que no cabe evitar bajo ningún gobierno, por bueno que sea”.

Esperar que Portugal asumiera con patriotismo los gastos del Imperio era mucho pedir, y más con el rey ausente. Señalaba, por otra parte, que el patriotismo era un sentimiento que en estos tiempos era algo prácticamente desconocido, salvo en el ejército –“Nuestra unidad nacional no aparecía sino en los ejércitos de Flandes, Italia y Alemania”– y que fidelidad al rey todavía no significaba patriotismo. Hacía falta algo más para construir el Estado-Nación y, se deduce, conseguir que se impusiera el patriotismo que, desde el punto de vista estatista y nacionalista, era el único sentimiento que verdaderamente podría garantizar la cohesión social. Con esto, Cánovas entraba en lo que era para él la clave de la cuestión, la desunión de la Monarquía. Es en este sentido que rehabilitaba la figura de Olivares, quien quiso “juntar en uno los antiguos reinos con que se hallaba constituida nuestra Monarquía”. En la *Historia de la decadencia*, Cánovas todavía comparaba desventajosamente a Olivares con Richelieu. Ahora sin embargo, lo contemplaba desde las diferentes condiciones con las se habían visto confrontados los dos [142].

El particularismo era explicado por Cánovas dentro de una ley de progreso, con la que explicaba el surgimiento de las naciones a base de pueblos racialmente homogéneos: “Todavía padecemos, que es triste cosa, algunos síntomas de la mortal enfermedad del *particularismo*, que, con nombre de regionalismo, intenta entre nosotros caminar en opuesto sentido á la civilización moderna, que tiende á fundir, no á disgregar, los pueblos de una misma raza” [143]. Esto según Cánovas, finalmente explicaba la decadencia de España. Esto fue, ciertamente, doloroso, puesto que la idea del Estado no estaba ausente, sino que, según Cánovas, se encontraba expresada de

manera elocuente en la *Memoria* de Olivares, de la que citaba nuevamente de modo exhaustivo [144].

Cánovas pensó haber encontrado en la *Memoria* una muestra del intento de formar Estado en España. Hacía esta interpretación basado en la diferencia que establecía entre la política de Olivares y la de Felipe II. Mientras éste quería ser un rey amado por el pueblo, aquél se fijaba principalmente en el interés del Estado, la unificación de las leyes y, en última instancia, en la necesidad de medidas duras. Sin embargo, una atenta lectura de la *Memoria*, enseña que, según Olivares, la mejor manera de unificar las leyes al modo de Castilla era la introducción de élites castellanos en otros reinos y al revés. Como reza la fuente citada, esto se haría favoreciendo a “los de aquellos reinos, introduciéndolos en Castilla, casándolos en ella, y los de acá allá, y con beneficios y blanduras los viniese a facilitar de manera, que, viéndose casi naturalizados acá con esta mezcla por la admisión a los oficios y dignidades de Castilla”. La unificación de las leyes, pasaba entonces por un intercambio de élites, pues se trataba de unificar sus privilegios en torno a Castilla. Esto era algo que Olivares enfatizaba una y otra vez en los fragmentos citados. El motivo de sus reflexiones era buscar una alternativa a la manera de integrar a las élites a través de distintas casas reales con la conservación de sus antiguos privilegios, una vez que este sistema había empezado a ser demasiado costoso, y que las élites se sintieran desvinculadas del rey, como ya se notaba en Portugal y Cataluña [145].

Para Cánovas, sin embargo, Olivares entendió que la nación no tenía posibilidades de mantenerse como una gran potencia sin disponer de un Estado. Esto era su tragedia, pues luchaba en vano contra las circunstancias adversas, convirtiéndose en un hombre “exasperado más tarde al caer con estrépito”. Esto explicaría el contexto de *Nicandro*, que Cánovas citaba como un manifiesto sobre la necesidad de unidad del Estado, proveniente de un político visionario:

“Señor”, exclamaba apasionadamente, en aquel que llamaríamos Manifiesto ahora, “querer entender que se ha de conservar esta Monarquía en los trances peligrosos, estando compuesta de tan desproporcionadas parte, sin unión ni conformidad entre sí, es ignorancia, aunque la gobernarán ángeles, entretanto que no se reduzcan a unión e igualdad en leyes, costumbres y forma de gobierno. Dicen los enemigos del Conde que procuró derribar los fueros de Cataluña; no ha sido sólo pensamiento suyo, que su abuela de V. M. Doña Isabel tuvo por mejor conquistarlo”. Y en otro lugar, creiendo aún más la exaltación del Conde-Duque, añadía: “Los políticos extranjeros, que celosos han atendido con profundidad a nuestros defectos, han resuelto que pesa poco la Monarquía de España con todas sus provincias, por la debilidad de sus fuerzas en la raíz. Dicen que es sólo un cuerpo fantástico defendido de la opinión, no de la substancia. Porque, Señor, ¿de qué utilidad le pueden ser a V. M. algunos Reinos, si cuando a V. M. le invaden los enemigos, aunque fuese en su Corte, ellos no tienen obligación de ampararle; y si el francés, moro u otro enemigo les infesta, tiene V. M. obligación de defenderlos con sus tesoros, armas y gentes? Este contrato, ajeno es de la sociedad humana y tan desigual, que no lo pueden creer

los hombres de juicio. ¡Cuánto mejor le estuviera a V. M. no tenerlos por vasallos, sino por confederados; pues éstos y V. M. tienen obligación! Decir que otros príncipes los tomarán con aquellos títulos, es grave yerro, porque ninguna ha de querer dar celo y emulación a sus provincias sujetas, sin aquellas preeminencias, ni tampoco ser *vasallo de sus vasallos*. El francés, que los ha entendido, no quiere que constituyan cuerpo de ejército por no disciplinarlos; ha fundado fortalezas en las principales partes del Principado, para que, después que haya conseguido echar a los españoles, los pueda dominar con la violencia que, teniendo las armas y fortalezas, no se atreverán los catalanes a enojarlos, por el temor de no ver arrasadas sus ciudades de la indignación e insolencia francesa. ¿Qué importa este vano nombre de vasallo al francés, si no le es de utilidad sino de daño? Si V. M. quiere ir a Cataluña, le manden que no vaya, sino con tanto número de gente; que no entre armado. Si dan algunos soldados contra el francés, no ha de pasar las rayas matemáticas de sus términos. Y si es necesario al ejército penetrar algún paso más, no han de seguir las banderas, aunque se pierda la ocasión de la empresa. Pues, ¿dónde hay, ni ha habido, ni es posible que haya semejante sujeción? No pudiera hacer más la República de Génova ni de Venecia. Ni los antiguos reyes de Aragón padecieron estos achaques, porque salieron a conquistas, y tuvieron continuas guerras en Italia, y entonces no poseían otras provincias de donde mantener la guerra, y los ejércitos no se formaban así del aire. Esto, Señor, es lo que se debe ajustar, no conquistar nuevos Reinos que enflaquezcan y embaracen más, y esto procuró el Conde, que bien conocía este inconveniente de la Monarquía [146].

En los dos fragmentos citados, Olivares no reflexionó sobre la creación de un Estado, sino sobre la distorsionada relación entre el rey y sus vasallos, y esto es lo que convertía a la Monarquía en un “cuerpo fantástico”. La solución que buscaba el valido estaba basada en mantener la hegemonía política de Castilla dentro del sistema creado bajo el concepto de *Monarchia Universalis*. Su fracaso llevó a un cambio en la justificación de la actividad de la Monarquía y en su propia configuración. Lo primero que se planteó fue la existencia de las Casas reales, dentro de la articulación política existente en la Monarquía a través de la Corte. El intento de reducir los costes de la casa real, tuvo como consecuencia una desvalorización de la Corte en Madrid, que perdió su papel central en la Monarquía y, con esto, una destrucción de la articulación política en la que se había basado la unión de ésta, lo que hacía aparecer a Felipe IV como un mal *pater familias*, al no premiar el mérito y el servicio de sus súbditos. Esto, finalmente, condujo a un papel creciente de las cortes virreinales y una Monarquía compuesta por distintos reinos. Olivares, en este fragmento, parece percatarse de esta evolución, pero su remodelación del sistema político no tenía que ver con la centralización de unas instituciones estatales, sino con una reconducción de las relaciones entre el rey y las élites, pensada dentro del sistema cortesano, según la cual la política se articula a través de las relaciones personales.

Para Cánovas, sin embargo, el problema de la Monarquía era la falta de “toda especie de trabazón ó unidad administrativa, económica o militar y aun política”. Por esta razón, su grandeza “artificial, aparente, producto de singulares hazañas aisladas y ricas herencias” estaba

destinada a su decaimiento, y cerca a convertirse en otra Italia:

Quienquiera que, ahuyentando de su entendimiento los prejuicios inspirados por los intereses, que en diversos conceptos nos eran contrarios por los siglos XVI y XVII, y de su corazón las ciegas pasiones de escuela ó secta, considere la manera de vivir de España en aquella época, verá tan claro, como la personal experiencia le enseñó a aquel Ministro bien pronto, que con los fueros políticos y económicos, no ya administrativos, de las casi autonómicas regiones de la Península, era más fácil convertir á nuestra nación en otra Italia, presa ó juguete siglos antes, por entonces, y hasta nuestros días, de gente extraña, que mantener nuestro rango de gran potencia, y a fuerza indispensable para añadir á la historia nombres de esos que no se les caen de la boca á los españoles menos benévulos hacia lo pasado, por ejemplo, Pavia, San Quintín y Lepanto [148].

Por carecer de un Estado, finalmente, España cayó en decadencia:

Lo que aprovecha es un poder constante, una fuerza segura y progresiva con que responder á los varios azares de la política y las armas; y España carecía de aquel poder ó fuerza. De un lado, porque por obra de la Providencia no era nativamente tan grande cuanto sus ambiciones políticas ó su gloria misma; de otro, porque ni siquiera contaba con la combinación de todos sus elementos para hacer frente á las varias rivalidades que le salieron al paso. Muy lejos de contar con eso, los miembros distintos, que la constituyeron en una sola Monarquía, con frecuencia se embarazaban unos á otros, cuando recíprocamente no se destruían, dejando á merced de los comunes enemigos el cuerpo desconcertado de la patria. Tal es la verdad esencial respecto á las desdichas del siglo XVII, y á la subsiguiente decadencia de la Península [149].

Esta, en última instancia, era la consecuencia de la política practicada por Felipe II, quien permitió que los naturales gobernasen en sus propios reinos, fomentando de esta manera el particularismo, en vez de estimular la centralización a través de la introducción de castellanos, se puede deducir, en las administraciones regionales:

Por lo demás, lo propio que en el origen de las alteraciones se vio que ningún español podía gobernar sino a la fuerza en Aragón cuando no era nacido en aquel país, veáase siempre, tratándose de que intervinieran otros que los naturales en las cosas de Portugal, Cataluña y las Provincias Vascongadas; herencia infeliz que Felipe II le dejó á su nieto [150].

Podemos concluir que la perspectiva histórica de Cánovas, caracterizada por la proyección del modelo del Estado-nación al pasado, tuvo como consecuencia una interpretación de la cultura y la política cortesana, que no encajaban dentro de este modelo, como signos de decadencia. Las mercedes, la importancia de las redes clientelares, la suntuosidad de la corte etc., fueron contempladas por él como expresiones de corrupción, y la articulación de la monarquía a través de las casas

reales como una mala política de Estado. Por estas razones, España no había logrado convertirse en un Estado-nación fuerte, algo que quedaría de manifiesto con la separación de Portugal. Esta visión no es sorprendente teniendo en cuenta que la génesis de la doctrina del nacionalismo fue desarrollada por una élite intelectual alemana a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, carente de influencia política en las cortes [151], y que buscaba desarrollar con el nacionalismo una nueva concepción de la política, contemplada dentro del ámbito del Estado nacional. Esta doctrina fue asumida por Ranke en su teoría del historicismo, e influiría en la historia científica, que tomaba como criterio de objetividad la razón de Estado nacional. Cánovas, a diferencia de Ranke, no tenía unas ideas muy sofisticadas sobre los supuestos del idealismo alemán, ni tampoco una concepción clara sobre lo que era la Corte. Sin embargo, el análisis de algunos de sus ideas sobre el Estado, muestra que compartía las ideas básicas de la doctrina del nacionalismo, lo que determinaba su percepción de la Corte.

NOTAS:

[1] Idea desarrollada en: E. YLLÁN CALDERÓN: *Cánovas del Castillo entre la historia y la política*, Madrid 1985. También: L. Díez del Corral: *El liberalismo doctrinario*, Madrid 1984, p. 637: "Pero siempre su visión de aquél [el pasado] estará determinada positiva y negativamente desde la inmediata realidad política, así como la actitud frente a ésta vendrá prefijada en buena parte por puntos de vistas históricos. Por otra parte, la historiografía decimonónica no se puede ver separada del intento de la élite burguesa de dar cohesión a la sociedad, tratando de identificar y religar sus miembros a una comunidad nacional. Véase: J. MARTÍNEZ MILLÁN: "Introducción" a J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, Madrid 2000, p. 17. También: J. M. JOVER: "Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874", *Zona abierta* 31, pp. 7-13.

[2] E. YLLÁN CALDERÓN: *Cánovas del Castillo...*, op. cit., pp. 28-34.

[3] *Ibidem*, p. 171. Ciertamente, en *El Bosquejo*, CÁNOVAS hace un esfuerzo por incorporar los reinados de Carlos V y Felipe II, que en la *Historia de la decadencia* sólo figuraban como "antecedentes históricos", como dice YLLÁN CALDERÓN. Creo, sin embargo, que la autora tiende a identificar demasiado la *Historia de la decadencia* con la línea historiográfica de los liberales románticos y su "austracismo". Ya en este libro, CÁNOVAS distinguía entre Austrias mayores y menores, y expresaba particularmente su admiración por Felipe II.

[4] Sobre los reinados de la Casa de Austria en la historiografía liberal romántica española, J. MARTÍNEZ MILLÁN: "Introducción", en *La Corte de Carlos V*, op. cit., pp. 18-21; M. MORENO ALONSO: "Del mito al logos en la historiografía liberal. La monarquía hispana en la historia política del siglo XIX", en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. REYERO (coords.): *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, Madrid 2000, pp. 101-120; R. LÓPEZ VELA: "Carlos V y España en la obra de Modesto Lafuente. La interpretación liberal de la nación española dentro del imperio de los Austrias", en: J. MARTÍNEZ MILLÁN (coord.): *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid 2000, pp.

153-259; del mismo autor, "Entre leyenda, política e historiografía: el debate sobre Felipe II en España en 1867", en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica IV*, Madrid 1998, pp. 371-392

[5] E. YLLÁN CALDERÓN: *Cánovas del Castillo...*, op. cit., pp. 229-256.

[6] I. PEIRÓ MARTÍN: "Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España", en: C. FORCADEL ÁLVAREZ (coord.), *Nacionalismo e historia*, Zaragoza 1998, p. 37.

[7] PEIRÓ MARTÍN, I. y PASAMAR ALZURIA, G., "La vía española hacia la profesionalización de la historia", *Studium. Geografía. Historia. Arte. Filosofía*, 3, pp. 139-140.

[8] PEIRÓ MARTÍN, I., "Valores patrióticos...", op. cit., pp. 34-35.

[9] Así lo manifiesta, por ejemplo: PASAMAR ALZURIA, G., "La rehabilitación de los primeros Austrias", p. 121. El autor, por otra parte, también resalta las limitaciones de esta historiografía, como patriotismo excesivo.

[10] IGGERS, G. G.: *Historiography in the twentieth century. From scientific objectivity to the postmodern challenge*, Hanover/Londres 1997, pp. 31-35.

[11] J. MARTÍNEZ MILLÁN: "La corte de la monarquía hispana", *Studia Histórica. Historia Moderna* 28 (2006), p. 18. A modo de ejemplo, J. KOCKA escribe en: "Struktur und Persönlichkeit als methodologisches Problem der Geschichtswissenschaft" en: M. BOSCH (red.): *Persönlichkeit und Struktur in der Geschichte*, Düsseldorf: 1977, p. 154, que la historia tradicional, con su énfasis en el Estado como motor del cambio histórico, no se puede considerar un desacierto respecto a la historia moderna: "Im 17. und 18. Jahrhundert haben in der Tat die machtvollen Staatsapparate und ihre Spitzen in vielen Fällen wichtige Initiativ- und Entwicklungsfunktionen wahrgenommen, mehr als das von seiten der verschiedenen gesellschaftlichen Gruppen und Klassen geschah, und die Geschichtswissenschaft lag insofern nicht gar so falsch, wenn sie in diesen Staatsapparaten, in diesen Motoren der inneren und äusseren Staatsbildung (Otto Hintze), die Subjekte der Geschichte zu sehen glaubte. Desde otro punto de vista, F. BRAUDEL, reconoce en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Madrid: 1976, p. 335: "Sólo después de muchas vacilaciones me he decidido a publicar esta tercera parte bajo el signo de los acontecimientos: al hacerlo así la vinculo a una historiografía francamente tradicional. Leopold von Ranke, de haber vivido, habría encontrado en estas páginas mucho que le habría resultado familiar, tanto en el tema objeto de estudio como en el tratamiento que se le da. Pero resulta evidente que una historia global no se puede limitar sólo al estudio de las estructuras estables y el lento progreso de la evolución".

[12] Ch. WEISS, *L'Espagne depuis le règne de Philippe II jusqu'à l'avènement des Bourbons*, París 1844.

[13] Véase: J. MARTÍNEZ MILLÁN: "La corte de la monarquía hispana", op. cit., pp. 19-35. Asimismo, del mismo autor, la "Introducción", a: J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II: la Casa del Rey*, Madrid 2005, pp. 22-30. Sigo aquí estos dos trabajos.

[14] D. STARKEY: "Introduction: Court history in perspective", en D. STARKEY (ed.): *The English Court: from the Wars of the Roses to the Civil War*, Nueva York 1987, pp. 1-24. Starkey criticaba particularmente la concepción de la Corte de G. R. Elton. Sobre la polémica, véase: J.

MARTÍNEZ MILLÁN (ed.): *Instituciones y élites de poder en la Monarquía hispana durante la Edad Moderna*, Madrid 1992, pp. 16-17, nota 15.

[15] C. MOZZARELLI: "Principe, corte e governo tra '500 e '700", en: *Culture et idéologie dans la genèse de l'État Moderne*. Roma: 1985, pp. 372-373.

[16] *Ibidem*, pp. 367-368.

[17] Véase: J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, Madrid 2000; J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II: la Casa del rey*, Madrid 2005; J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA: *La monarquía de Felipe III*. Madrid 2008.

[18] J. MARTÍNEZ MILLÁN: "La articulación de la Monarquía hispana: Auge y ocaso de la casa real de Castilla", en F. EDELMAYER: *Plus Ultra. Die Welt der Neuzeit. Festschrift für Alfred Kohler*, Münster 2008, p. 407.

[19] J. MARTÍNEZ MILLÁN: "Introducción" a: *La Monarquía de Felipe II...*, op. cit., p. 49.

[20] J. M. JOVER escribe en el prólogo a E. YLLÁN CALDERÓN, *Cánovas del Castillo*, op. cit., p. VIII: "En Cánovas, el político y el historiador se funden en una categoría egregia que precisa de las mejores calidades de ambos oficios: el hombre de Estado. Se podrá estar de acuerdo o en desacuerdo con la significación política de Cánovas como hombre de la Restauración, con su ideario o con su praxis política, con su concepción de la historia de España o con el rumbo marcado para su «continuación». Creo que nadie con sentido de las proporciones osará negarle la condición de *hombre de Estado*, harto más restrictiva y selecta que la de *político*. Me atrevería a decir que la distinción entre uno y otro, entre el género y la especie, consiste, entre otras cosas que los politólogos precisarán, en la capacidad para referir la urgencia planteada por cada coyuntura a las necesidades y a lo intereses de un Estado y de una sociedad comprendidas globalmente y contemplados en función de un proceso histórico; en el fondo, en la capacidad para referir la acción política a una concepción del mundo y a una concepción de la historia bien fundamentadas a través de muchas horas de lectura y de reflexión".

[21] Entre los numerosos manuales que lo sostienen, me limito al de G. G. IGGERS, especialista en la historiografía alemana: *Historiography in the twentieth century...*, op. cit., pp. 23-30. Esto por otra parte, no significa que la evolución historiográfica occidental hacia la profesionalización, haya sido uniforme a partir de la recepción de Ranke. La diversidad entre las diferentes evoluciones historiográficas nacionales también se puede observar en el ya citado artículo sobre la "vía española hacia la profesionalización de la historia", de I. PEIRÓ MARTÍN y G. PASAMAR ALZURIA, quienes destacan la poca importancia de las Universidades españolas en el proceso.

[22] L. VON RANKE: *Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber*, Leipzig 1874, p. III: Bei gegenwärtiger Schrift habe ich drei Absichten: eine, die Art und Weise zu rechtfertigen, auf welche in meinem Versuche romanischer und germanischer Geschichten die Quellen benutzt worden sind; die zweite, denen, welche sich über die Anfänge der neuern Historie gründlich unterrichten wollen, anzuzeigen, aus welchen Büchern sie dies können und aus welchen nicht; eine dritte, die vornehmste und rein wissenschaftliche, zur Sammlung eines unverfälschten Stoffes für die neuere Geschichte, zu einem gründlichen Urtheil über Natur und Werth der über dieselbe vorhandenen urkundlicheren Schriften, so viel ich vermag, beizutragen.

[23] E. KEDOURIE: *Nationalism*, Londres 1966, p. 54. KEDOURIE asumió los supuestos de H. KOHN, quien sostenía que el nacionalismo era una doctrina inventada en el siglo XIX: "Nationalism is a doctrine invented in Europe at the beginning of the nineteenth century. It pretends to supply a criterion for the determination of the unit of population proper to enjoy a government exclusively its own, for the legitimate exercise of power in the state, and for the right organization of a society of states. Briefly, the doctrine holds that humanity is naturally divided into nations, that nations are known by certain characteristics which can be ascertained, and that the only legitimate type of government is national self-government. KEDOURIE y KOHN han sido criticados por su aproximación intelectualista, entre otros autores por E. GELLNER, quien en su *Naciones y nacionalismo*, Madrid 1988, escribía que el nacionalismo era un derivado del proceso de modernización y fenómenos como la industrialización. Definía el nacionalismo como "un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política. Ya sea como sentimiento, ya como movimiento, la mejor manera de definir el nacionalismo es atendiendo a este principio. Sentimiento nacionalista es el estado de enojo que suscita la violación del principio o el de satisfacción que acompaña a su realización. Movimiento nacionalista es aquel que obra impulsado por un sentimiento de este tipo". Recientemente, A. SMITH ha sostenido en diversas publicaciones que los nacionalismos políticos son muchas veces fenómenos que se tienen que explicar haciendo referencia a vínculos étnicos y memorias muy anteriores al siglo XIX. En *Ethnic Origins*, Londres 1986, p. 32, definía *ethnie* como "named human populations with shared ancestry myths, histories and cultures, having an association with a specific territory and a sense of solidarity". Sin embargo, esta idea ha sido criticada por suponer una semejanza entre *ethnie* y nación que no corresponde. Una visión en conjunto de las recientes teorías del nacionalismo en: P. LAWRENCE: *Nationalism. History and theory*, Harlow 2005.

[24] Así lo manifiesta, entre otros: Th. H. VON LAUE: *Leopold von Ranke, the formative years*, Princeton 1950, p. 139.

[25] L. VON RANKE: "Politisches Gespräch", *Historisch-politische Zeitschrift* II (1836), p. 780: "Mit dem bloßen guten Willen der Vermittelung wirst du es nicht ausrichten. Eine Wesenheit, ein Selbst muß du haben".

[26] "...erst in der Ausführung erhält es geistige Realität" (*Ibidem*, p. 784).

[27] "...der Geist, welcher Vergangenheit und Gegenwart verbindet, und der auch die Zukunft beleben muß" (*Ibidem*, p. 785).

[28] "Gewisse Formen der Verfassung, - namentlich die, welche eine Beschränkung der persönlichen Willkür bezwecken, - Festsetzungen der Standesverhältnisse mögen allen Staaten notwendig seyn. Aber sie sind nicht das ursprüngliche Leben, durch welches vielmehr alle Formen erst Inhalt bekommen. Es giebt etwas, wodurch jeder Staat nicht eine Abtheilung des Allgemeinen, sondern wodurch er Leben ist, Individuum, er selber" (*Ibidem*, p. 786).

[29] "Statt jener flüchtigen Conglomerate, die sich aus der Lehre vom Vertrag erheben wie Wolkengebilde, sehe ich geistige Wesenheiten, originale Schöpfungen des Menschengenies, - man darf sagen, Gedanken Gottes" (*Ibidem*, p. 794).

[30] "Das Real-Geistige, welches in ihrer ungeahndeter Originalität dir plötzlich vor den Augen steht, läßt sich von keinem höheren Prinzip ableiten" (*Ibidem*, p. 790).

[31] "Das Maaß der Unabhängigkeit giebt einem Staate seine Stellung in der Welt: es legt ihm zugleich die Nothwendigkeit auf, alle inneren Verhältnisse zu dem Zweck einzurichten sich zu behaupten. Dies ist ein oberstes Gesetz" (*Ibidem*, p. 793).

[32] "...daß die Idee des Staates einen Jeden ergreife: daß er von dem geistigen Leben desselben etwas in sich fühle: daß er sich als ein Mitglied des Ganzen betrachte und Liebe dazu habe: daß das Gefühl der Gemeinschaftlichkeit stärker sey als das Gefühl provinzieller, localer oder individueller Absonderungen" (*Ibidem*, pp. 800-801).

[33] "Er ist ein lebendiges Daseyn, das seiner Natur nach in unaufhörlicher Entwicklung, unaufhaltsamen Fortschritt begriffen ist" (*Ibidem*, p. 805).

[34] "Uebrigens ist es etwas großes, das das allgemeine Interesse persönlich fixiert ist und sich in dem Selbstbewußtsein des Fürsten nothwendig als seine eigene Sache darstellt" (*Ibidem*).

[35] "Fasse aber auch diese Wesenheiten in ihrer vollen Bedeutung ins Auge. So viel gesonderte, irdisch-geistige Gemeinschaften: von Genius und moralischer Energie hervorgerufen: in unaufhaltsamer Entwicklung begriffen: mitten in den Verwirrungen der Welt durch innern Trieb nach dem Ideal fortschreitend, eine jede auf ihre Weise" (*Ibidem*, p. 807).

[36] J. CARRERAS ARES, cuestiona lo que llama el "paradigma alemán", y considera más bien que el historicismo alemán constituye una evolución excepcional, entre otras cosas por su incapacidad de acercarse a las ciencias sociales en el tránsito del siglo XIX al XX. Véase: "El historicismo alemán", en J. CARRERAS ARES: *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid 2000, pp. 39-58. También su "presentación" a I. PEIRÓ: *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza 1995, pp. 7-10. Compare: Th. NIPPERDEY: "Zum Problem der Objektivität bei Ranke", en: W. J. MOMMSEN (ed.): *Leopold von Ranke und die moderne Geschichtswissenschaft*, Stuttgart 1988, pp. 215-222. NIPPERDEY reconoce que la idea de la objetividad de RANKE tiene evidentes connotaciones religiosas, pero considera sin éstas su teoría también se sostiene, y que contemplar a RANKE exclusivamente dentro de una Sonderweg alemana, es como "ponerle en el ataúd". Concluye que su teoría de objetividad sigue teniendo una importancia vital para la Historia.

[37] Sobre la razón de Estado en la obra de RANKE, véase: F. MEINECKE: *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte*, München 1976, pp. 442-459.

[38] "Es gibt für jeden Staat in jedem Augenblicke eine ideale Staatsräson. Sie zu erkennen ist das heiße Bemühen des handelnden Staatsmannes wie des rückschauenden Historikers. Alle historischen Werturteile über staatliches Handeln sind nichts anderes als Versuche, das Geheimnis der wahren Staatsräson des betreffenden Staates zu entdecken" (*Ibidem*, pp. 1-2).

[39] Así lo expresaba CÁNOVAS en *Estudios sobre Felipe IV*, p. 16: "La escuela liberal española ni pensó, ni quiso hacerse cargo de rectificar más tarde lo que hubiese de injusto en los juicios vulgarmente acreditados respecto á unos gobernantes que se sirvieron de la Inquisición como instrumento político y religioso, cuando sus peculiares principios, pedían a voces que se suprimiera. No pudo alabar tampoco á los gobernantes en cuyo tiempo, sin que nadie se tomara el trabajo de averiguar bien la causa, dejaron de celebrarse Cortes. Ni vio más por otra parte sino que habíamos sido prepotentes en el mundo, y ya no lo éramos".

[40] Sostenía en p. 38 que había esperar que el texto cumpliera las condiciones necesarias de una fuente fiable: estaba escrita por un hombre de Estado, quien era testigo de muchos de los acontecimientos relatados. Sin embargo, concluía que la obra seguía un orden cronológico caótico, sin discernir lo importante de lo anecdótico, que estaba compuesta por fragmentos de otros libros y que no era el resultado de una investigación original, que los discursos reflejados no eran históricos, sino productos de la retórica, que hechos importantes eran tergiversados, que los tratados entre los Estados no estaban reflejados fielmente, que contaba milagros que no ocurrieron y, como último, que la representación de la actuación de Guicciardini mismo era más que dudosa. Desde luego no era un ejemplo de “verdad desnuda sin ornamentación”. Sin embargo, sostenía, Guicciardini se distinguió con sus observaciones auténticas de lo inmediato, con las que indicaba qué es lo que había esperar en cada situación, y cuáles eran los motivos de una actuación. Era un virtuoso y un maestro cuando explicaba si ésta provenía de la pasión, la ambición o el egoísmo. El motivo, a juicio de Ranke, estaba en las circunstancias políticas de Florencia, cuyo poder no era independiente, y estaba merced a fluctuaciones continuas y extremas. Esto explicaba una obsesión con las consecuencias inmediatas de las cosas. Si uno se enteraba de lo que se “meditaba, rumoreaba, negociaba, sospechaba y juzgaba ante una elección de Gonfaloniere, cómo se establecían relaciones, pactos y contra pactos, tanto en el círculo pequeño de Florencia, como en el ámbito europeo, con tal de ganar unas habas negras más, cuántos asuntos había que considerar, cómo surgían las observaciones, reglas y los consejos, entonces se entiende el origen de una obra como la de Guicciardini”. Y concluía: “Estas almas están principalmente o únicamente ocupadas con la literatura y la ambición. Quieren mostrarse más inteligentes que los demás, compiten sobre las interpretaciones del pasado, y los cálculos para el futuro, generalmente parten de los más próximo y sólo quieren llegar a lo siguiente, en estos enlaces muestran una enorme habilidad”.

[41] L. VON RANKE: *Politisches Gespräch*, op. cit., p. 789: “Ich halte dafür, die echte Politik muß eine historische Grundlage haben, auf Beobachtung der mächtigen und in sich selbst zu nahmhafter Entwicklung gediehenen Staaten beruhen”.

[42] Sobre el tema, H. JURETSCHKE: “La recepción de la cultura y ciencia alemana en España durante la época romántica”, *Estudios románticos*. Valladolid 1975, pp. 63 – 120.

[43] D. FLITTER: *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge 1995, p. 5.

[44] YLLÁN CALDERÓN, *Cánovas del Castillo...*, op. cit., pp. 71-78.

[45] D. NÚÑEZ: *La mentalidad positiva en España*, Madrid 1975, pp. 23-37.

[46] CÁNOVAS DEL CASTILLO, “Obra miscelánea humanística”, en *Obras completas*, op. cit., vol. VI, p. 47.

[47] Mencionaba ambas obras en *La dominación de los españoles en Italia*, véase sus *Obras completas*, vol. I, Madrid 1981, p. 559. Citaba las traducciones francesas. También se refería a Ranke en “Cuatro palabras a los lectores” que precedía la *Historia de la decadencia de España*, p. 2.

[48] F. MEINECKE: *Das Wesen der Staatsräson*, op. cit., p. 22.

[49] A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Obras completas*, vol. IV, op. cit., pp. 109-110.

[50] *Ibidem*, p. 114.

[51] *Ibidem*, p. 117: “Grandement yerran, a mi juicio, los que procuran explicar, por transitorios motivos o accidentes, lo que hoy pasa. Las biografías de Napoleón I no son los únicos libros de historia que la humanidad posea, por más que hayan sido los únicos que sepan de memoria los franceses, y los solos a que haya prestado crédito, en los últimos años, no escasa parte de la gente latina. Muchos otros libros viejos, y no pocos papeles, hay que enseñan que esto que hoy se apellida *unidad germánica*, es decir, la constitución de un solo imperio, genuina y exclusivamente alemán, entre el Mosa y el Báltico, siempre ha sido cual parece ahora, el más grave acaso de los acontecimientos políticos de la tierra. La Europa no ha sido hasta aquí sino una de dos cosas: o germánica, o latina, y esta antítesis etnográfica, y este dualismo secular contienen cuanto hay de sustancial en sus anales”.

[52] *Ibidem*, p. 124.

[53] *Ibidem*, vol. IV, p. 226. Una visión de conjunto de la idea de la Nación en el pensamiento de CÁNOVAS en C. DARDÉ: “Cánovas y el nacionalismo liberal español”, *Nación y Estado en la España liberal*, G. GORTAZAR (ed.), Madrid 1994, pp. 209-238.

[54] A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Discurso sobre la nación*, Madrid 1997, p. 107. Cánovas, por cierto, distinguía entre Nación y Estado. En el discurso menciona que un Estado puede albergar distintas naciones. Sin embargo, lo ideal para él es la confluencia en Estadonación, y considero que en este sentido se tiene que interpretar el concepto Nación de la cita. Sobre los conceptos de Nación, Estado, nacionalidad y patriotismo, véase la introducción de esta edición por A. de BLAS, pp. 19-22.

[55] A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: “Discurso en el Congreso (11 de marzo de 1876)”, en: *Historia, Economía y Política I*, p. 390. En su obra histórica la idea está elaborada sobre todo en “Carlos V y las Cortes de Castilla”, también publicado en *Historia, Política y religión IV*, pp. 357-382.

[56] J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Introducción” a *La corte de Carlos V*, op. cit., pp. 21-28. El autor señala, sin embargo, que la incorporación de Carlos V seguía siendo problemático, algo que explica por qué Cánovas no logró terminar su parte sobre la Casa de Austria para la nueva historia general de España. Específicamente sobre los Austrias en la historiografía de la Restauración: G. PASAMAR ALZURIA: “La rehabilitación de los primeros Austrias entre los historiadores de la Restauración”, en: J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. REYERO (coords.): *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*. Madrid: 2000, pp. 121-140.

[57] MARTÍNEZ MILLÁN, J., “Introducción” a: *La Inquisición española*. Madrid: 2007, p. 18.

[58] El libro fue publicado en primera instancia como un volumen de la serie *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, Berlín 1837. Véase sobre todo capítulo 2 Von dem Hof und den Ministern.

[59] Sobre la historia filosófica de MIGNET, véase el estudio de Y. KNIBIEHLER: *Naissance des sciences humaines: Mignet et l'histoire philosophique au XIXe siècle*, París 1973.

[60] F.-A. MIGNET: *Négociations relatives a la succession d'Espagne sous Louis XIV ou correspondances, mémoires, et actes diplomatiques concernant les prétentions et l'avènement de la maison de Bourbon au trone d'Espagne*, París 1835, en la avertissement: “J'ai choisi l'événement le plus considérable dans le siècle le plus célèbre, l'événement qui a embrassé le plus long espace de temps, puisque ses préparatifs ont commencé en 1659 et que ses résultats se

sont étendus jusq'en 1738; qui a occupé la politique la plus forte, mis en jeu les intérêts les plus hauts et les hommes les plus habiles, la succession d'Espagne. Dans ces trois quarts de siècle paraissent tour á tour sur cette vaste scène et pour cette seule question Mazarin et don Louis de Haro, M. de Lionne et Jean de Witt, Louis XIV et Guillaume III, Turenne, Condé, Marlborough et le prince Eugène, Torcy et Heinsius, le régent et Alberoni. J'ai pensé qu'il serait intéressant d'exposer toute la suite de cette grande affaire, de monter au milieu des événements et les intrigues ces personnages célèbres qui, pour la plupart, sont dans la familiarité du public, et d'éclairer la politique d'un règne dont on ne connaît bien que la cour”.

[61] WEISS, Ch., *L'Espagne depuis le règne de Philippe II jusqu'a l'avènement des Bourbons*. París: 1844, p. VI.

[62] CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., *Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento de Felipe III al trono, hasta la muerte de Carlos II*. Málaga 1992, p. 5.

[63] *Ibidem*.

[64] *Ibidem*, p. 7.

[65] WEISS, al contrario, definía el objetivo de *L'Espagne* en p. 5 así: “Pour y parvenir, nous nous sommes proposé d'abord d'apprécier le système politique de Philippe II et de ses successeurs, d'en faire ressortir les conséquences fatales, en recherchant les principaux faits qui expliquent la décadence progressive de l'Espagne au XVIe et au XVIIe siècle...”

[66] No obstante, en la introducción del *Bosquejo*, se refirió a este fragmento de su “obra juvenil” y negó lo evidente: “Por supuesto, que para la comparación exagerada de Felipe II con héroes clásicos, los que tuve yo presentes en otro tiempo fueron hechos incontestables como la prisión del príncipe D. Carlos, o la del duque de Alba, y las muertes de Escovedo o Montigni, por ejemplo; que, en cuanto a las pretendidas muertes violentas del hijo y la esposa, jamás me merecieron crédito, teniendo demasiada formalidad ya para admitir tales horrores sin pruebas”.

[67] F. MARTÍNEZ MARINA: *Teoría de las Cortes*, J.M. Pérez Prendes ed. (Madrid 1979), p. 103.

[68] CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Historia de la decadencia*, op. cit., pp. 9-10: “Y de aquel hombre, que sabía cambiar de conducta y modificar sus instintos á medida de la conveniencia como ningún otro, puede creerse fundadamente que, á reinar en lugar de Felipe III, no habría acometido empresas grandes, ni habría suscitado guerras, ni habría hecho más que dar reposo al Estado y recoger sus esparcidas fuerzas”.

[69] WEISS evaluaba la política de Felipe II dentro del concepto de la Monarchia Universalis, que Carlos V y Felipe II buscaban establecer tanto por ambición político como por convicción religiosa. El resultado era la decadencia. Véase: WEISS, *L'Espagne*, p. 62: “Le fils reprit les projets du père. Il aspira comme lui à l'empire du monde, il échoua de même, et l'Espagne porta la peine de sa folle ambition. (...) Il se laissa éblouir, et, par conviction religieuse autant que par intérêt politique, il prit en main la cause de l'Eglise contre les novateurs et les infidèles”, y p. 67-68: “Il échoua presque partout, et son ambition fut pour l'Espagne une source de calamités sans nombre”.

[70] CÁNOVAS lo explicaba con claridad en sus *Estudios del reinado de Felipe IV*. Véase *Historia, economía, política*, vol. V., Sevilla 1997, p. 44-45: “Felipe II tuvo la previsión al fin de hacer independientes los Países Bajos españoles, bajo el imperio de su hija y su yerno, con lo cual dio el primero y más difícil paso, para echar algún día de los hombres de la Península una carga insustentable. La tregua de Felipe III fue un paso más, y muy oportuno”.

Recientes investigaciones, que parten de un estudio de los distintos partidos en la Corte, en el caso de la Monarquía hispana, el castellano y el papista, muestran que las decisiones sobre las declaraciones de guerra, las treguas y los tratados de paz, respondían a luchas de facción en vez de a consideraciones sobre la disponibilidad de recursos. Así, la Tregua de los Doce Años, resultaba ser consecuencia de la hegemonía de una élite cortesana cercana a Roma, mediante la cual el Papa, quien quiso una tregua en Flandes, pudo imponer su voluntad. Esta élite había esperado su oportunidad agrupándose en torno a la Casa de Felipe III, esperando llegar al poder con el cambio del reinado. Esto aclara que la dinámica del reinado de Felipe III fuera muy distinta de la de Felipe II, marcada por la hegemonía del partido castellanista, caracterizado por su intento de imponer un catolicismo hispano, libre de las injerencias de Roma. Fue con la sucesión de Felipe III cuando la Monarquía hispana se convirtió en Monarquía Católica. Véase: J. MARTÍNEZ MILLÁN: "Introducción: La Monarquía de Felipe III: Corte y Reinos", en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III*, vol. III, op. cit., pp. 41-80. En el mismo volumen, sobre las finanzas en el reinado de Felipe III dentro del contexto de la política cortesana, véase C. J. DE CARLOS MORALES: "Política y finanzas", pp. 749-865. El autor explica en p. 805 la situación de la Real Hacienda en torno a la Paz de 1609. En el otoño de 1608 parecía que Felipe III había conseguido enderezar el rumbo de la Real Hacienda, y que la estabilidad financiera podría estar al alcance. Poco después se concluiría la Tregua de los Doce Años, que acaso permitiera reducir el gasto militar. No obstante, la precariedad de la situación hacendística no tardaría en mostrarse, y la Real Hacienda no pudo superar el problema crónico que padecía.

[71] Sobre el significado de la prudencia dentro de la filosofía cortesana, véase Ch. CONTINISIO: "Il re prudente. Saggio sulle virtù politiche e sul cosmo culturale dell'antico regime", en Ch. CONTINISIO y C. MOZZARELLI (eds.), *Repubblica e virtù. Pensiero politico e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo*, Roma 1995, pp. 323-324: "Per la trattativa civile d'antico regime, la prudenza era l'unico strumento attraverso il quale il principe potesse essere in grado di realizzare la conciliazione fra il bonum utile e il bonum honestum e rappresentava per questo la via per cui concedere all'uomo cristiano di applicarsi onorevolmente e con successo a la vita civile". También: A. ÁLVAREZ OSSORIO ALVARIÑO: "Proteo en palacio. El arte de la disimulación y la simulación del cortesano", en M. MORÁN y B. J. GARCÍA (eds.), *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y Corte en el siglo XVII*, vol. I, pp. 113-115. Sobre la prudencia dentro del contexto de la economía de la Casa, véase D. FRIGO: *Il padre di famiglia. Governo della casa e governo civile nella tradizione dell'«economica» tra tra cinque e seicento*, Roma 1985, pp. 151-160.

[72] En los *Estudios*, p. 16, Cánovas tomaba expresamente distancia de la historiografía de lo que llamaba la "escuela liberal española", que: "ni pensó, ni quiso hacerse cargo de rectificar más tarde lo que hubiese de injusto en los juicios vulgarmente acreditados respecto á unos gobernantes que se sirvieron de la Inquisición como instrumento político y religioso, cuando sus peculiares principios, pedían a voces que se suprimiera. No pudo alabar tampoco á los gobernantes en cuyo tiempo, sin que nadie se tomara el trabajo de averiguar bien la causa, dejaron de celebrarse Cortes. Ni vio más por otra parte sino que habíamos sido prepotentes en el mundo, y ya no lo éramos. Poco debieron de sospechar también los primeros liberales, nuestros antecesores, que, ellos que no se cansaban de censurar desdichas antiguas como la segregación de Portugal y otras, perderían igualmente, y en poquísimos años, territorios mucho más vastos que los que, al cabo de dos tercios de siglo de lucha, dejaron de

menos los inmediatos sucesores de Felipe II en el sin par patrimonio que heredaron".

[73] CÁNOVAS, *Historia de la decadencia*, op. cit., p. 9.

[74] *Ibidem*, pp. 34-35.

[75] "No era menos dificultoso, ni fue cosa en que se cometieron menos errores, el conservar las inmensas posesiones que tenía España fuera de la Península, principalmente en Europa. Natural era que se quisiera conservar el gran dominio adquirido, porque eso aconsejaban la razón política y el sentido común, enemigos de las exageraciones filantrópicas de nuestra Edad. Mas por lo mismo, para conservar tan gran dominio era preciso saber preferir unos territorios a otros, unos esenciales, otros accidentales: éstos, que redondeaban y afirmaban la Monarquía; aquéllos, en que sólo podía hallar efímera gloria. Aún convenía abandonar Estados que hubiesen de perjudicar a la conservación de otros mayores, y dejar las empresas inútiles por las ciertas y de buen seguro éxito. No desconocieron tales principios de buena política ni Fernando V, ni Carlos V ni Felipe II; pero no supieron ponerlos en práctica con oportuna constancia" (*Ibidem*, p. 35).

[76] *Ibidem*, pp. 38-39.

[77] *Ibidem*, p. 54.

[78] "No de otra manera la Roma de Augusto escondía en su seno las flaquezas que vinieron á destruir el imperio de Honorio. Es que como nada hay perfecto en este mundo y los grandes imperios, por lo mismo que tienen mayores enfermedades que otros, necesitan precisamente de príncipes ilustres que los gobiernen. Tales fueron en España Fernando V, Carlos V y Felipe II" (*Ibidem*).

[79] *Ibidem*, pp. 54-55.

[80] L. VON RANKE: *Fürsten und Völker von Süd Europa im sechszehnten und siebzehnten Jahrhundert*, vol. I, Berlín 1837, pp. 143-145.

[81] La Cámara, que no era sólo el ámbito íntimo del rey, sino que en ella se disponían la difusión de la gracia y las actividades de gobierno en las monarquías europeas. Véase: I. EZQUERRA REVILLA: "La Cámara" en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II...*, op. cit., pp. 121-143.

[82] CÁNOVAS, *Historia de la decadencia...*, op. cit., p. 162.

[83] *Ibidem*, p. 172.

[84] *Ibidem*.

[85] "La Corte, si no honrada, no era cuando menos tan licenciosa que se enervase como la nuestra en los placeres, gastando en ridículas prodigalidades el Tesoro público, que por cierto estaba también más desembarazado que el nuestro desde el tiempo del buen Enrique IV. Sully, su ministro, fue de los primeros en conocer que no está tanto el beneficio del Tesoro en sacar mucho de los pueblos como en sacarlo bien y sin mucho daño. De ciento cincuenta millones de francos calculábase que sólo treinta entraban en el Tesoro; los Gobernadores de las provincias no sólo imponían contribuciones para el Rey, sino también para sí propios, y la deuda pública ascendía á trescientos millones de francos. A todo atendió Sully, si no siempre con acierto, con constancia y desinterés, que es lo principal en estas cosas. Hombre de costumbres puras y severas, pobre en el vestir, sobrio y enemigo de placeres, naturaleza espartana de esas que Dios envía de cuando en cuando á salvar á las naciones, acaso su desdén al lujo y á los placeres causó el más grave de sus yerros, que fue olvidar la industria y procurar que la agricultura fuera la única ocupación de los franceses. Con todo eso pudo tanto

su buena fe, que dejó la deuda casi enjuta, disminuidos los impuestos, mejorados los caminos y fortificaciones, y sobrantes en el tesoro cincuenta millones de reales de nuestra moneda, al salir del mando" (*Ibidem*, p. 226).

[86] "Mantuvo al principio la paz todo lo que pudo, aun sacrificando en ella el orgullo francés; hizo alianzas extranjeras y organizó ejércitos y reunió tesoros, y cuando tuvo á punto las cosas, comenzó á descargar golpes ciertos contra los protestantes, los grandes señores y las ciudades indóciles y rebeldes. Así logró a todos rendirlos y reducirlos a la obediencia del Monarca, en cuyo nombre gobernaba; y el astro de Francia, después de algunos años de eclipse, apareció más brillante que nunca a los ojos del mundo. No aprovechó la lección Olivares, que más que estudiar en las obras de otro, pensaba poner las suyas de ejemplo a todos: tal era su vanidad" (*Ibidem*, pp. 286-287).

[87] *Ibidem*, p. 325.

[88] *Ibidem*, p. 337.

[89] *Ibidem*, p. 760. Por otra parte, la conveniencia de la unión con Portugal, y la extensión por la costa de África, la había señalado ya Donoso Cortés: J. DONOSO CORTÉS: *Obras completas*, Madrid 1970, pp. 162-182. En este discurso sostenía que España no tenía una política exterior propiamente dicha, una política no dominada por las facciones, ni sujeta a influencias directas ni indirectas del extranjero. Señalaba que España "decaída de su antiguo esplendor", "no está en contacto sino con los imperios poderosos: el Imperio francés y el Imperio británico". A base de esto exponía cuáles debían ser las prioridades de la política exterior de España. Primero la extensión de la dominación española en África. Segundo, proponía la extensión de la influencia, no material, en Portugal, donde Inglaterra tenía una posición estratégica: "Ahora bien: la unidad territorial, señores, es la primera y la más esencial de todas las unidades; la unidad política, la unidad moral, la unidad religiosa, sin la unidad territorial, todas son pocas, o todas desaparecen del todo. Este era el instinto, sino el convencimiento, de nuestros reyes, y éste fue, señores, el instinto, sin duda alguna, de Felipe II, cuando con la conquista de Portugal llevó a cabo los grandes y magníficos planes que habían concebido para la unidad de España los Reyes Católicos. Ahora bien, señores; la unidad es de dos maneras: hay unidad que se consigue por la influencia; hay unidad que se consigue por conquista; la conquista yo la condeno, señores, en nombre de la civilización, yo la condeno en nombre del siglo XIX; yo la condeno en nombre de la libertad, y la condeno en nombre de la justicia. Pero si un Ministerio que aspirase a la conquista de Portugal o a cualquiera otra conquista, cualquiera que ella sea, sería un Ministerio insensato, yo sostengo aquí que caería en un yerro de traición el Ministerio que consintiese que el Tajo, río español, rinda homenaje, fuera de la portuguesa, a otra majestad que no sea la majestad española". Véase también: J. M. JOVER: *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Madrid 1976, pp. 125-127. El autor escribe que el iberismo aparece como una fuerza derrotada en 1874, y da paso al africanismo.

[90] CÁNOVAS, *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, Pamplona 2004, pp. 3-4.

[91] H. Th. BUCKLE: *Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del siglo XIX*, Valencia 1908, pp. 13, 14: "Considero como bases fundamentales de la historia de la civilización las cuatro proposiciones siguientes: 1.ª Los progresos del género humano dependen del resultado de la investigación de las leyes que regulan los fenómenos naturales, y de la mayor o menor proporción en que se extiende el conocimiento de dichas leyes. 2.ª Para que puedan comenzar estas investigaciones es preciso que surja previamente el

espíritu de duda que las auxilia y alienta. 3.^a Los descubrimientos así logrados acrecientan la influencia de las verdades intelectuales y disminuyen, no absoluta, sino relativamente, las verdades morales, más inmutables siempre que las primeras. 4.^a El mayor enemigo de este movimiento, y por consecuencia, el más grande enemigo de la civilización, es el espíritu de protección; quiero decir, la idea de que la sociedad humana no puede prosperar si la Iglesia y el Estado no guían y no amparan hasta nuestros menores pasos en los asuntos de la vida: el Estado, enseñando a los hombres lo que deben hacer; la Iglesia, enseñando lo que deben creer". Cánovas, ciertamente, criticaba a Buckle por la relación que establecía entre a superstición y las condiciones climatológicas y la formación geológica de la Península. Véase el *Bosquejo*, pp. 110, 111, 113.

[92] CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Bosquejo...*, op. cit., p. 38.

[93] "Fue, en tanto, el principal instrumento del sistema social y político de que hablamos el bien conocido tribunal del Santo Oficio, introducido en Castilla por los Reyes Católicos contra los judíos, mal mirado por Felipe el Hermoso, empleado tibiamente contra los mahometanos en los primeros años de Carlos V. Desde que el segundo Felipe tomó a su cargo las riendas del gobierno, siguiendo estrictamente en ellas los consejos de su padre, fue acrecentando de día en día la Inquisición su influencia. Por medio, pues, de las armas, donde no llegaban las hogueras de la fe, o de las hogueras por sí solas, donde alcanzaban, dio principio España, en suma, a una lucha a muerte, desde principios del nuevo reinado, contra todo humano elemento, que pretendiera sustraerse a la protección y dirección política y religiosa de que el poder real se consideraba legítimamente investido en el organismo social. Era aquella una utopía funesta como la que más a la especie humana, y no menos imposible de realizar por completo que todas" (*Ibidem*, p. 39).

[94] Sobre el concepto de la Monarquía Universal en la edad moderna, véase: F. BOSBACH: *Monarchia Universalis. Ein politischer Leitbegriff der frühen Neuzeit*. Göttingen 1988, particularmente pp. 35-86, en las que trata el significado del concepto durante los reinados de los Austrias españoles. Sobre la manera en la que Gattinara intentaba dar forma a la Monarquía Universal, véase M. RIVERO RODRÍGUEZ: *Gattinara: Carlos V y el sueño del Imperio*, Madrid 2005, pp. 129-148.

[95] CÁNOVAS, *Bosquejo...*, op. cit. p. 39: "La única diferencia, en suma, entre lo de aquí y lo de afuera consistía en que Felipe II con la Inquisición, y el catolicismo con los Papas, eran más lógicos con los adversarios, por lo cual afirmaron mejor e hicieron durar más cualquier error social y político que hubiese en el sistema".

[96] "Era, en substancia, Felipe II, un monarca moderno por sus hábitos y su talento, como fue su padre un monarca de tiempos todavía heroicos: el último de los príncipes paladines de la Edad Media, así como el primero de los príncipes que supo ser verdadero hombre de Estado en la moderna Europa" (*Ibidem*, p. 49).

[97] *Ibidem*, p. 45.

[98] Aunque, en p. 61, cuando se trataba de justificar medidas drásticas como el asesinato del príncipe de Orange, y la ejecución de Montigny, CÁNOVAS escribía: "Más no seríamos tampoco imparciales si no dejásemos aquí consignado que Felipe II obró siempre de acuerdo con sus ministros, no haciendo en muchos casos sino permitir que ellos resolviesen por sí solos; y eso, tratándose a las veces de hombres como Alejandro Farnesio, que fueron honor de su siglo". Sobre la evolución política a través de la pugna entre los partidos en la corte de Felipe II, véase: J. MARTÍNEZ MILLÁN y C.

J. DE CARLOS MORALES (dirs.), Felipe II (1527-1598). *La configuración de la Monarquía hispana*, Salamanca 1998.

[99] CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Bosquejo...*, op. cit., p. 45.

[100] "Mas los principios políticos que Felipe II profesaba, de suyo ocasionados a la intolerancia y al rigor de una parte; de otra las duras necesidades del Gobierno en tiempos tan revueltos, con tantos estados y tantas cuestiones gravísimas sobre sí; su propio carácter, por último, no exento de defectos graves y aquí ya descrito con la exactitud posible, de consuno con las singulares desgracias públicas y privadas de que se vio afligido, darán siempre, de todos modos, un color sombrío al reinado de Felipe II en la historia. Guerras constantes y sangrientas, sin resultados útiles las más de ellas, con los gastos, la penuria, las pérdidas consiguientes de hombres y dinero en las vastas regiones que gobernaba; grandes y costosísimas rebeliones alentadas entre súbditos extranjeros, para contener o destruir a otros monarcas, que protegían a los suyos propios; tramas poco escrupulosas y crueles para librarse de los más peligrosos de sus adversarios públicos o secretos; irregulares ejecuciones, en fin, de vasallos sacrificados con más o menos motivo a la razón de Estado; negras y mal disipadas sospechas, de terribles resoluciones difíciles de justificar, de ser ciertas, a la luz del sentimiento humano: todo ocurre en el reinado de Felipe II para derramar sobre él negras nubes" (*Ibidem*, p. 48).

[101] *Ibidem*, p. 54.

[102] *Ibidem*, p. 62.

[103] *Ibidem*, p. 65.

[104] En un fragmento de una carta citada por Cánovas, escribió que el rey "lloró tres días por su hijo, con ser su perseguidor".

[105] CÁNOVAS, *Bosquejo*, op. cit., p. 65.

[106] Un análisis del disimulo dentro del contexto cortesano en: A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: "Proteo en palacio...", op. cit., pp. 111-137. A lo largo de los siglos XVI y XVII se desarrolló una polémica sobre la disimulación y la simulación sobre el escenario de la corte, en la que se evaluaba su conveniencia y los peligros morales que implicaban estas artes en el intento del cortesano de adaptarse a las circunstancias cambiantes de su entorno áulico. Las artes no eran sólo tratadas dentro de un contexto ético, sino también dentro de un contexto político, como instrumentos para asegurar la conservación de la monarquía. En este sentido, la controversia se relacionaba con el debate sobre la razón de Estado. Sobre el arte de la disimulación y simulación en los testimonios sobre Felipe II, véase pp.121-122.

[107] CÁNOVAS, *Bosquejo...*, op. cit., p. 68.

[108] *Ibidem*.

[109] *Ibidem*, p. 70.

[110] "¿Qué fue, en realidad -tiempo es ya de considerarlo-, aquella grandeza pasajera de la casa de Austria y de la de España? Puesto que de aquí adelante nos toca describir sólo su decadencia común, preciso será hacer alto y detenernos más que de ordinario consiente este trabajo. Para darse exacta cuenta del poder de España a fines del siglo XVI, como del de cualquiera otra nación antigua o moderna, hay que ver su estado social y su organización gubernativa, la riqueza general, el ejército, la marina y el espíritu militar de las diversas clases, el orden y situación de la Hacienda pública de que depende el que las fuerzas del mar o tierra puedan estar debidamente preparadas y asistidas para imponer o mantener en respeto a los extraños, la inteligencia, el saber, las ideas

cardinales, en fin, que inspiran y guían la conducta de la nación de que se trata, sobre todo en la política; porque una nación que no es verdaderamente inteligente, en su conjunto, ni alimenta ideas profundas, no puede mantener su actividad moral ni conservar su poder material por mucho tiempo. De todo esto hemos de tratar ahora, por lo mismo, en pocos párrafos" (*Ibidem*, p. 77).

[111] "Los grandes de España por su lado, aunque muy ricos aun en posesiones territoriales, estaban todos llenos de deudas y no se sabía de alguno que tuviese dinero a mano, en lo cual se hallaban de acuerdo con Nani, Segismundo Cavalli, y otros. Para el segundo de estos diplomáticos eran ya los grandes de España, en 1570, "gente vanísima y de ningún valor", que no tenía, como suele decirse, "voz en el capítulo", o sea en el gobierno de Estado. Tratábanlos peor que el rey todavía el consejo real y las justicias, dando la razón a los vasallos contra sus señores casi siempre en las diferencias que sobrevenían; recordando frecuentemente sus contrarios al rey, como cuenta Cabrera, para que no les diese paz ni tregua, que ellos habían preso a Juan II, depuesto a Enrique IV, combatido a la reina católica" (*Ibidem*, p. 78).

[112] *Ibidem*, p. 79.

[113] "Ya hemos dicho que eran generalmente inclinados sus ministros, como hombres de ley, a cercenar los privilegios y derechos de la nobleza, y para eso no obstaba el ser muchos y aun todos los del Consejo de las Órdenes, colegiales mayores, hidalgos, poseedores de buenas ejecutorias. Perteneciendo a la nobleza pobre o a la desheredada, por lo común, no detestaban menos a los titulados señores de vasallos, que pudieran los hijos del estado llano, como observó Agustín Nani. También solían atacar sin piedad los privilegios del clero, hasta los que tenían órdenes sagradas, la parte del rey contra el Papa, y la de la justicia real contra las inmunidades que la limitaban. Cabrera acusaba a los *profesores de letras legales* que componían estos Consejos, de "grandes dificultades de lo político y en lo que se pretendía hacer sin escrúpulo, por ser, aún en cosas de necesidad, demasadamente ceñidos con la letra de las leyes, y tener, por costumbre, por yerro, todo lo que no hacían o mandaban ellos". No era este último cargo infundado, a juicio del que esto escribe, si es que podía pasar por cargo siempre, pero algo lo remedió, de todos modos, en la práctica, la fuerza creciente del poder real, casi ya sin límites, gracias a los principios absolutistas que los Consejos mismos iban haciendo predominar en todas las esferas del Estado. Entre tanto, para el rey Felipe II los letrados de los Consejos no fueron sino instrumentos complacientes, a no ser cuando tomaban con más calor que él todavía las cuestiones tocantes a la autoridad real; y para los privados y favoritos de los reyes sucesivos, ya se verá también que fueron dóciles servidores generalmente" (*Ibidem*, pp. 79-80).

[114] "Cuál fuera, en el ínterin el estado de la monarquía bajo el aspecto de la población y de la riqueza en los últimos años del reinado de Felipe II, sabriase bien a haberse llevado del todo a término la obra colosal, histórica y administrativa del Censo español, emprendida por aquel rey (...). Este proyecto, extendido por el mismo monarca al estudio de la historia y la estadística de América, que se estaba conquistando y poblando a la sazón, es, sin duda, de lo que más alta idea da de los talentos de moderno político y administrador que poseía" (*Ibidem*, p. 83).

[115] "Desde este tiempo hacia adelante, fue ya la Inquisición un tribunal más político que religioso, formado y ardientemente protegido por la Corona, que cuidaba con mucho empeño de que se le conservase su carácter regio y nacional, y no fueran sus procesos en apelación a Roma. Hacíasele entender en negocios puramente de Estado por la confianza especial que

inspiraba, tomando motivo para ello del enlace constante que a la sazón tenían las cuestiones religiosas y políticas; y por su medio se procuraba asimismo impedir que la discordia, que con pretextos religiosos tanto había dado que hacer a Carlos V en Alemania, o a Felipe II en Flandes, se comunicara a España" (*Ibidem*, p. 94).

[116] *Ibidem*, p. 97.

[117] *Ibidem*, p. 98.

[118] "Para comprender bien el espíritu de estos tiempos, hay precisamente que advertir que de tal escuela se derivaron dos teorías fundamentales: la una, apoyada en las pasadas sumisiones del imperio de Occidente, que sujetaba los monarcas temporales a la suprema dirección política del jefe de la Iglesia católica; la otra, derivada de las primitivas tradiciones, que pretendía que los soberanos católicos, y sobre todo los emperadores de Alemania, debían ejercer, a la par con los Pontífices, el gobierno externo de la Iglesia, como sus naturales protectores. Lo mismo los príncipes católicos que los protestantes, sostenían, en virtud de esta última teoría, que su potestad era de derecho divino, ni más ni menos que la que ejercía la Iglesia, y que ni en lo divino ni en lo humano podían desobedecerles sus súbditos, para quienes su voluntad, conforme ordenaban las antiguas leyes romanas, debía ser ley. (...) Marchaban así de frente y en contradicción las dos teorías expuestas: la de la superioridad temporal del Papa sobre los soberanos y la de la participación de estos, por derecho propio, en el gobierno de la Iglesia" (*Ibidem*).

[119] "Lo que no puede dudarse es que Felipe II fuese sinceramente católico, y hasta fanático católico: y, con todo eso, es indudable que no creía faltar a los deberes de tal, constituyéndose en una especie de curador oficioso y constante de la Iglesia; desobedeciendo cuantas bulas y breves del Papa contrariaban sus miras, cual se ha visto; y hasta ordenando una vez a todos sus súbditos católicos (con más o menos motivo que no es del caso apreciar ahora) salir de Roma, ciudad común, y capital constante de los católicos, o que sólo cuando gratis les concediesen en Roma gracias espirituales, recibiesen las que únicamente puede otorgar el vicario de Cristo. Tan sólo la confusión del derecho temporal y espiritual, que acabamos de explicar, hacía prácticas contradicciones semejantes" (*Ibidem*, pp. 99-100).

[120] *Ibidem*, p. 100.

[121] "Pero si la forma de gobierno, la política exterior, el estado del ejército, de la marina, de la propiedad, de la industria, del comercio, de la Hacienda pública, todo lo demás que hasta aquí hemos expuesto, en fin, daban ya a entender bastante la no lejana ruina del poder y la grandeza española, nada contribuyó tanto, sin embargo, a extremar nuestra decadencia, y hacerla duradera, como la final dirección tomada, desde el siglo XVI hacia adelante, por el espíritu nacional, y someramente señalada en los precedentes párrafos. Por sí mismo resultará esto demostrado en lo que sigue" (*Ibidem*, p. 101).

[122] *Ibidem*, p. 142.

[123] Sobre la política de mercedes, entendida desde el concepto cortesano de la liberalidad del príncipe, véase A. ÁLVAREZ- OSSORIO ALVARIÑO: "El favor real: liberalidad del príncipe y jerarquía de la república (1665-1700) en Ch. CONTINISIO y C. MOZZARELLI: *Repubblica e virtù...*, op. cit., pp. 393-405. También: C. MOZZARELLI: "Príncipe, corte e governo...", op. cit., 374-376.

[124] CÁNOVAS, *Bosquejo...*, op. cit., pp. 142-143: "Pero más que la hipocresía de condenar el oficio de privado, quien manifiestamente lo era, más que aquellas vanas promesas de prosperidades futuras y de curar los males tan añejos de la Hacienda de España; más en fin que la política guerrera con que pretendía sustituir la pacífica de Lerma, y Uceda, parecióle injusto a Vivanco el propósito que pregonaba Olivares «de recuperar al real patrimonio el exceso de las mercedes de su padre, que montaban en todo sesenta mil ducados de renta»: muy corto exceso, a juicio del consecuente amigo de los ministros anteriores, para un rey de España".

[125] "Pero la desgracia era que España no era una, sino uno el soberano; que había monarquía común, no patria común, y que ni los catalanes y portugueses primero, ni los napolitanos o sicilianos después, miraban como suyos propios los intereses o las necesidades, la gloria o el infortunio de la Corona. Únicamente los castellanos, a decir verdad, se sentían siempre identificados con la suerte de nuestros ejércitos o de nuestras escuadras, con los aciertos o errores de nuestra diplomacia. En toda Europa representaba el rey aún la patria; pero, en realidad, había también ya patria común en algunas partes, principalmente en Francia, que era nuestra enemiga. Por atender demasiado a la unidad religiosa, y a la unidad del poder, desatendió bastante Felipe II la unidad más permanente, la territorial, la de la nación; que, cuando llega bien a establecerse, es la única perpetua. Desde Felipe II, el único gobernante español capaz de comprender aquel grande interés político fue Olivares; pero ninguno se halló en circunstancias menos oportunas para realizarlo" (*Ibidem*, p. 153).

[126] *Ibidem*, p. 157-158.

[127] A. CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Historia, economía y política*, V, op. cit., p. 17.

[128] *Ibidem*.

[129] *Ibidem*.

[130] "En buena lógica debió [Brandano] inferir que aquel rey que, después de allanado Portugal en gran parte por fuerza, otorgó, a la cabeza de un ejército triunfante, y sin peligro alguno exterior que por de pronto le amenazara, tan exorbitantes privilegios, y cumplió tan religiosamente lo prometido durante su vida, protegiendo y aún engrandeciendo a una Casa que con más o menos vigor le había disputado el Trono, en vez de echarla del Reino, era el menos malintencionado y tiránico que han conocido los siglos. Que para decir la verdad entera, no solamente es falso que fuese en Portugal tirano Felipe II, sino que ni siquiera mereció allí el título que en general merece de Prudente" (*Ibidem*).

[131] Dado caso que todos los *anexionadores* del presente siglo hubieran sido tan blandos como él se mostró entonces, ¿cuál territorio adquirido con intervención de la fuerza armada, que al fin y al cabo fue incorporado así Portugal al resto de España, estaría ahora seguro bajo los nuevos gobiernos? No lo estaría quizá, ni aun algunos de los que pasan por haberse reunido á otros por virtud del voto unánime ó casi unánime de sus habitantes; porque aun el matrimonio, con ser cosa más natural entre hombre y mujer que la unión entre dos pueblos entre sí, bien se ve que se rompe donde el divorcio es fácil, quedando sólo indisoluble allí donde, una vez contraído legítimamente, no se puede desbaratar" (*Ibidem*, p. 18).

[132] "¡Ah! No: lo único que manifiestamente determinó la blandura del Rey fue una ilusión, más propia de modernos gobernantes parlamentarios que de soberanos omnipotentes; la de imaginar que intereses de su propia naturaleza rivales é irreductibles, se puedan conciliar por medio de halagos, ó que la sola condescendencia baste

para mantener imperios, ni régimen ninguno político por legítimo ó popular que sea. Según demuestran sus correspondencias y sus verdaderos actos, era por lo común Felipe II mucho más amigo de ser amado que temido (...). Quiso en Portugal ser amado por quienes ni podía, ni tal vez debía serlo, y con candor singular se figuró que a hombres, en general sometidos por fuerza, inmediata y sinceramente los convertiría, con pocas excepciones, en súbditos de afición. Buenas son, sin duda, la generosidad y la benignidad, y no debe desperdiciarse ocasión de ejercitarles cuanto realmente sea hacedero, en los negocios humanos; más no resultan, por desgracia, útiles sino en tanto que queda irresistible fuerza para recoger y asegurar con facilidad las riendas sueltas, reprimiendo en cualquier momento y con mano dura á los ingratos" (*Ibidem*, p. 19).

[133] *Ibidem*, p. 21.

[134] *Ibidem*, p. 23.

[135] *Ibidem*, p. 24.

[136] Sigo a MEINECKE: *Die Idee der Staatsräson*, op. cit., p. 7.

[137] Según ha estudiado recientemente F. LABRADOR, la incorporación del reino de Portugal en la Monarquía hispana, supuso el culmen del poder del partido castellano, que vio cumplido su viejo anhelo de unión. Esta facción cortesana, compuesta en su mayor parte por letrados procedentes de las elites urbanas castellanas, contribuyó a articular la Monarquía en torno a Castilla. Frente a esta facción estaba el partido papista, que contó con el apoyo del Pontífice y con la participación de poderosos personajes nobiliarios entre los que se encontraban buena parte de la alta nobleza castellana y, salvo alguna excepción, de los reinos periféricos de la Monarquía.

Los distintos intereses de los dos partidos se manifestaron al definirse sus posiciones ante la unión. Fue el partido castellano el que con solidez justificaba ideológica y legalmente la anexión de los territorios portugueses, para el bien del reino, para el bien universal de la religión cristiana y para la reputación de la Corona. El partido papista, mientras, no se oponía radicalmente contra la anexión, pero esgrimía el argumento de la poca conveniencia de un enfrentamiento entre cristianos. Así se ponía al servicio de los intereses del papa, que quería obstaculizar la operación para que con el tiempo pasara la oportunidad, pues no veía con buenos ojos que el rey español incrementase su poder aún más en Europa. Dentro de este contexto, se definía la razón de Estado como el interés de la Monarquía hispana, que se identificaba con el de la dinastía de los Austrias, que defendía un concepto de catolicidad propio, no sujeto a los preceptos de Roma. Según la perspectiva política, pues, la "razón de Estado" se podía compaginar o no con el interés de la comunidad cristiana.

Prevía a la anexión, la manera de incorporar al reino de Portugal dentro de la Monarquía estuvo sujeta a una discusión, en la que se barajaron las posibilidades de mantener íntegramente la casa real portuguesa, o de forma reducida, yuxtaponiendo parte de su servicio doméstico palatino con el de la Casa de Felipe II. Con esto, lo que se decidía, era el modo de gobierno. El reino de Portugal, como todas las monarquías europeas, estaba articulado desde la corte, mediante la introducción de las elites en el servicio del monarca, a cambio de favores y mercedes. Felipe II, finalmente, siguió los consejos de Cristóbal de Moura, quien consideraba que la preservación del servicio doméstico de la casa real portuguesa en su totalidad, sería la mejor manera para integrar a las elites políticas, sociales y religiosas. La alternativa de juntar parte del servicio a la casa de Felipe

El fue descartada por la delicada situación económica de la hacienda regia castellana, así como por la ausencia de un partido poderoso sujeto a los intereses castellanos en la corte lusa. Además, las posibilidades de integración a través de la Casa de Felipe II, estaban llegando a su límite. La decisión fue confirmada en las Cortes de Tomar, que ratificó la unión con Portugal con la conservación de las leyes, las instituciones y la casa real portuguesa. Véase su libro *La Casa Real en Portugal (1580-1621)*, Madrid 2009.

[138] CÁNOVAS, *Historia, economía política*, vol. V, op. cit., pp. 25-26.

[139] En p. 77 escribía al respecto: "Pero el cargo más general que a Olivares se ha hecho es el de haber incitado a los placeres al rey, durante las circunstancias más críticas, para monopolizar en el ínterin el gobierno. En su Memoria, y en otras partes, consta ya, no obstante, que, a pesar de que a su propio juicio el trabajo de los papeles llegaba a comprometer por momentos la salud del rey, hacía ver de vez en cuando a éste observaciones ásperas sobre la inactividad o parsimonia de su carácter".

[140] Como explica F. LABRADOR en *La Casa real en Portugal...*, op. cit., en p. 514, la decisión de mantener íntegramente el servicio doméstico de la casa real portuguesa, dio frutos mientras el rey, o un miembro destacado de su familia, residiese en Lisboa. Sin embargo, cuando el gobierno se dejó en manos de una serie de gobernadores, la casa real lusa quedó desvirtuada, y perdió su capacidad integradora. Por otra parte, la integración de las élites portuguesas en la casa del rey en Madrid, que había sido otro capítulo de las Cortes de Tomar, no se efectuó de manera intensiva, ni durante el reinado de Felipe II ni el de Felipe III. Al final del reinado de éste último, sin embargo, se hizo un esfuerzo por reconducir esta situación. Con todo, la prematura muerte del rey, hizo que este proceso se produjese durante el reinado de Felipe IV. Esto, pues, parece ser el contexto de la Memoria citada de Olivares, quien, a parte de reclamar la presencia del rey en Lisboa, como ya hizo su padre en 1619, hizo tanta énfasis en el intercambio de las élites lusas y castellanas. Gracias a su política de hermandad entre los reinos, el número de fidalgos portugueses recibidos en la casa real aumentó de manera considerable, y algunos linajes supieron aprovechar la política matrimonial y las redes clientelares forjadas en las décadas anteriores.

[141] CÁNOVAS, *Historia, economía...*, op. cit., p. 27.

[142] *Ibidem*, p. 33: "Ni era, por cierto, extraño que, como en Francia Richelieu, quisiera España tener á la mano un cuerpo de nación que pudiera todo junto hacer frente á las Potencias rivales y mantener nuestra grandeza en riesgo. Mas Richelieu no hubo de luchar á viva fuerza sino con intereses feudales, de que con facilidad daban razón los destierros ó los cadalsos, y con una minoría herética que la inmensa mayoría de los católicos franceses, sin grande esfuerzo, podía vencer y venció. La desunión por el lado de España era más honda y de remedio más arduo, porque se apoyaba primero en la individual ventaja de las exenciones que las regiones particularistas gozaban, y después en las preocupaciones y tradiciones, en gran parte respetables, de gentes, más por acaso ó por fuerza reunidas que voluntariamente, bajo un cetro común. Tal fue la causa de que mientras resistieron no más que los tribunales ó Parlamentos, y se rebelaron solo en Francia personajes de más o menos valía, se alzasen por acá en armas verdaderos Estados independientes. Aunque los tales personajes se apellidasen Condé ó Turena, nunca podía compararse el peligro de su desertión con los del levantamiento de Cataluña ó Portugal, con los del que amenazó á Vizcaya, ni con los de Nápoles ó Sicilia siquiera".

[143] *Ibidem*.

[144] *Ibidem*, pp. 34-35: "'Tenga V. M., decía Olivares, por el negocio más importante de su Monarquía el hacerse rey de España, quiero decir, Señor, que no se contente V. M. con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, Conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo maduro y secreto, por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla, sin ninguna diferencia, que si V. M. lo alcanza será el príncipe más poderoso del mundo. Con todo esto, no es negocio que se puede conseguir en limitado tiempo, ni intento que se ha de descubrir a nadie, por confidente que sea, porque su conveniencia no puede estar sujeta a opiniones, y cuanto es posible obrar en prevención y disposición, todo lo puede obrar V. M. por sí mismo, sólo llevando esta mira, con las advertencias breves que aquí se señalaren a V. M., para que con prudencia, y la experiencia que los años y negocios le darán, y con el valor que Dios le ha dado, en viendo la ocasión no la pierda en negocio tan importante, que ninguno otro le es igual. Presuponiendo la justificación (a que me someto en primer lugar), y no dudando de que la haya para V. M. procure poner la mira en reducir sus Reinos al estado más seguro, deseando este poder para el mayor bien y dilatación de la Religión católica, conociendo que la división presente de leyes y fueros enflaquece su poder, y les estorba el conseguir fin tan justo y glorioso, y tan del servicio de Nuestro Señor, y conociendo que los fueros y prerrogativas particulares que no tocan en el punto de la justicia (que ésa en todas partes es una, y se ha de guardar), reciben alteración por la diversidad de los tiempos, y por mayores conveniencias se alteran cada día, y los mismos naturales lo pueden hacer en sus Cortes; ¿cómo puede ser incompatible con la conciencia que leyes que se oponen tanto y estorban un fin tan glorioso, y no llegan a ser en punto de justicia (aunque se hayan jurado), reconociendo el inconveniente, se procure el remedio por los caminos que se pueda, honestando los pretextos por excusar el escándalo, aunque en negocio tan grande se pudiera atropellar por este inconveniente asegurando el principal? Pero, como dije al principio, en todo acontecimiento debe proceder la justificación de la conciencia. Tres son, Señor, los caminos que a V. M. le puede ofrecer la ocasión y la atención en esta parte, y aunque diferentes, mucho podría la disposición de V. M. juntarlos, y que, sin parecerlo, se ayudasen el uno al otro. El primero, Señor, y el más dificultoso de conseguir (pero el mejor, pudiendo ser), sería que V. M. favoreciese los de aquellos reinos, introduciéndolos en Castilla, casándolos en ella, y los de acá allá, y con beneficios y blanduras los viniese a facilitar de manera, que, viéndose casi naturalizados acá con esta mezcla por la admisión a los oficios y dignidades de Castilla, se olvidasen los corazones de manera de aquellos privilegios, que por entrar a gozar de los de este reino igualmente se pudiese disponer con negociación esta unión tan conveniente y necesaria. El segundo sería, si hallándose V. M. con alguna gruesa armada y gente desocupada, introdujese el tratar de estas materias por vía de negociación, dándose la mano aquel poder con la inteligencia, y procurando que, obrando mucho la fuerza, se desconozca lo más que se pudiese, disponiendo como sucedido acaso lo que tocara a las armas y al poder. El tercer camino, aunque no con medio tan justificado, pero el más eficaz, sería, hallándose V. M. con esta fuerza que dije, ir en persona como a visitar aquel reino donde se hubiese de hacer el efecto, y hacer que se ocasionase algún tumulto popular grande, y con este pretexto meter la gente, y con ocasión de sosiego general y prevención de adelante, como por nueva conquista, asentar y disponer las leyes en conformidad de las de Castilla, y de esta misma manera irlo ejecutando en otros reinos. El caso tiene tales circunstancias, que no será fácil ajustar la sazón de él; más será bien que el Real ánimo de V. M. esté advertido de esta conveniencia, para irlo obrando por los

medios blandos que propuse en el primer punto, por no poder ser de daño ninguno, sino antes de mucha utilidad y buen gobierno, y en la sazón se hallará V. M. con esta ventaja, para que, si no pudiese valer por sí solo, ayude mucho a la ejecución de los otros medios, sin mostrarse tanto el ruido y violencia. El mayor negocio, a mi ver, de esta Monarquía, es el que he representado a V. M., y en que debe V. M. estar con suma atención, sin dar a entender el fin, procurando encaminar el suceso por los medios apuntados".

[145] Desde el principio, el régimen de Olivares, se caracterizó por un intento de reformar las casas reales por causas económicas. Al respecto: MARTÍNEZ MILLÁN, J., "La articulación de la Monarquía hispana: Auge y ocaso de la casa real de Castilla", en: EDELMAYER, F. (ed.), *Plus ultra. Die Welt der Neuzeit. Festschrift für Alfred Kohler*. Münster: 2008, pp. 421-442.

[146] CÁNOVAS, *Historia, Economía política*, op. cit., pp. 36-37.

[147] MARTÍNEZ MILLÁN, J., "Auge y ocaso de la Casa de Castilla", op. cit., p. 443.

[148] CÁNOVAS, *Historia, economía...*, vol. V, op. cit., p. 37-38.

[149] *Ibidem*, p. 38.

[150] *Ibidem*.

[151] ELIAS y KEDOURIE han señalado que el surgimiento de una pequeña élite intelectual burguesa en Alemania, que estaba excluida de la Corte, con una élite francoparlante, explica el desarrollo de una filosofía opuesta a los valores cortesanos, que desembocó en la evolución del pensamiento nacionalista. Véase: ELIAS: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México 1987, pp. 57-58; KEDOURIE, *Nationalism*, op. cit., pp. 41-47, y 60-61.